

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, NOVIEMBRE 13 DE 1898

NUMERO 20



El asunto de la temporada.—Después del examen.

APUNTES DEL NATURAL

LA SEMANA

La aprehensión del Dr. Abrego es el escándalo del día, y de muchos días, porque este asunto pondrá frente al criterio social no á un acusado, sino un delito, mil delitos, tenebrosos y hasta hoy posibles é impunes por la audacia de sus autores y la incapacidad de resistencia de las víctimas.

El reo á quien se forma causa no es un hombre, es un tipo social. Todos lo hemos visto en íntima relación con los débiles y los ignorantes, abusando de su fuerza y de su saber para dar satisfacción á los apetitos de una animalidad exigente y de una codicia de judío.

De sobra se ha estudiado en Europa este tipo de criminal-científico, para quien la ciencia es un arma de conquista: domina por ella como el asesino por el puñal y el ladrón por la acechanza y la ganzúa.

Este intelectual pone de relieve el error pueril de los que creen en el valor de la ciencia como factor moral. La frase del Nigromante reveló, antes que las conclusiones de la psicología fueran del dominio común, el contraste entre la noción abstracta que ni moraliza ni corrompe y la enseñanza que forma los caracteres sujetándolos al imperio del deber.

¿Qué es, en suma, la posesión de las verdades científicas para esos seres sin probidad, sino una de tantas formas que afecta la delincuencia instintiva para revelarse y dañar?

Un sabio es un amante desinteresado de la ciencia, un curioso, que investiga el misterio por el placer de descubrir verdades, como el poeta busca nuevas formas de belleza, sin pensar en los resultados definitivos de un verso ó de una solución en la marcha de la humanidad.

El obrero-científico procede siempre por un deseo egoísta, bajo y animal, y cuando su espíritu encuentra la fórmula que ilumina un problema ó indica un procedimiento, es nula en él la emoción intelectual; sólo percibe los resultados personales, inmediatos, que habrán de proporcionarle un título académico, una explotación, un medio de obtener ventajas.

Entre estos se reclutan los criminales científicos, los que amparados por una situación privilegiada vulneran audazmente las prohibiciones de la ley penal, como si en el dominio de su técnica no tuvieran aplicación los principios morales.

Ciertamente asombra esa audacia: un asesino de los de puñal huye ó se entrega; un ladrón borra las huellas de su crimen; pero estos delincuentes de laboratorio entregan á la sociedad un cadáver y se cruzan de brazos, diciendo con desdén: «estoy tranquilo: cuando sea oportuno defenderé mi conducta y discutiré el punto científicamente.»

Causa pena ver convertido en torneo de argotistas el tribunal; pero cuando un hombre, un acusado, se presenta ante los jueces manchado por el crimen y sin los rubores del convicto, y hace del banquillo una cátedra y de sus entuertos un tema profesional, la conciencia pública tiene derecho á imponer los rigores de la antigua vindicta.

Dos sacerdotes locos han dado tema á las gacetas de la semana.

Uno de ellos fué huésped de San Hipólito y tan medroso lo dejaron tres años de reclusión en el manicomio que no daba punto de reposo á sus alarmas y para defenderse del que pretendiera arrastrlo de nuevo al hospital llevaba siempre oculto un revólver.

El agente de las comisiones de seguridad que pretendió aprehender al infeliz demente, fué agredido por él de una manera súbita y violenta.

Y ese buen ministro del Señor es un clásico que ha pasado la juventud recitando versos latinos y cláusulas ciceronianas; es un hábil casuista que conoce todas las citas de los Santos Padres y documenta con ellas sus sermones sabios y sutiles.

Tal vez tenía la enfermedad del escrúpulo, la que hace zozobrar el espíritu en un mar de dudas. El confesonario es para esos hombres rudísima prueba: ¿qué infolio puede encerrar todas las soluciones para los casos de conciencia pavorosos que llegan diariamente á la rejilla en demanda de consejo?

La confesión de un penitente desquició la razón del pobre clérigo, y desde entonces su vida es una brega contra las sombras fantasmagóricas

de la locura más cruel, la de las persecuciones.

El otro sacerdote loco es menos interesante, aunque su delirio sea el de las grandezas.

No tiene la locura apostólica de Nazarin, ni es imputable á la meditación absorbente. Tipo vulgar de enajenado se cree Rey del Nuevo Continente; habla de minas riquísimas de oro y diamantes y tiene un odio y una preocupación: odia á los anarquistas regicidas y se cree amenazado de muerte por los italianos colegas de Caserici.

La fantasía anglo-sajona anticipa descripciones de la lluvia de estrellas errantes que sorcarán el cielo las noches del 13 y 27 de este mes.

Cada treinta y tres años, dicen los astrónomos, visitan la órbita de nuestro planeta dos escuadrones de fulgurantes meteoritos, restos de sendos cuerpos cósmicos disgregados por algún choque tremendo y silencioso, de esos que en las profundidades del espacio suspenden por un momento la serenidad de la armonía celeste.

Los fragmentos luminosos siguen su marcha obedientes á la ley de gravitación que trazó la órbita de los cuerpos que formaron, y ahí vienen como en los años de 33 y 66 á divertir y á aterrorizar á los humanos el breve espacio de unas horas.

Veremos en la parte central del cielo una sombrilla luminosa que extenderá su media naranja sobre la tierra, dejando caer una que otra chispa que al precipitarse entre las ondas atmosféricas del planeta, rodará deslumbrante, hiriéndolo como un formidable cañonazo que disparara algún enemigo que nos da caza en el inmenso océano sideral.

Y mientras como en años anteriores las gentes sencillas acudan al exorcismo y á la oración para conjurar las fatídicas viajeras, los observatorios provistos de los mejores aparatos fotográficos aprisionarán en las placas sensibles el aspecto de esta fiesta astronómica, cuyo programa han preparado con exceso de pormenores los cronistas de la ciencia.

Dick

Política General.

RESUMEN.—UNA SEMANA DE GRANDES ACONTECIMIENTOS.—LAS ELECCIONES AMERICANAS Y EL DISCURSO DE LORD SALISBURY.—LAS TRADICIONES DE WASHINGTON Y LA POLÍTICA DE EXPANSIÓN.—MCKINLEY Y LOS REPUBLICANOS.—LOS TERRITORIOS ADQUIRIDOS.—HAWAII, PUERTO RICO Y FILIPINAS.—LAS DECLARACIONES DE LORD SALISBURY.—ACTITUD AGRESIVA ANTE EUROPA.—LA CUESTION EGIPCIA.—LA ALIANZA ANGLO-AMERICANA.—ENTRE BASTIDORES.—NUEVOS TEMORES PARA LO PORVENIR.—CONCLUSIÓN.

En medio de la gran agitación que reina entre las naciones europeas, por los diversos acontecimientos que sin cesar se suceden y á la continua excitación los espíritus y exaltan los ánimos con los temores de próximas catástrofes y los anuncios de futuras violencias hay dos hechos que tienen una altísima significación, que son por decirlo así como la clave de actitudes pasadas, y explican por sí mismos muchos de los temores para lo porvenir. Nos queremos referir á la renovación del Poder legislativo federal en los Estados Unidos y á la elección de los poderes locales en muchas de las entidades federativas de la Unión Americana, y junto con esta agitación electoral, el discurso que acaba de pronunciar Lord Salisbury en ocasión solemne, ante el cuerpo diplomático y los ministros de la Corona británica, congregados en suntuoso banquete.

Estos dos acontecimientos se ligan y se entrelazan de manera palpable; hállanse relaciones íntimas entre los resultados de las elecciones americanas, conocidos hasta ahora, y las declaraciones hechas por el jefe del Gabinete británico

**

Segun las noticias recibidas, el triunfo electoral está hoy a favor de los republicanos, si bien es verdad que los demócratas reclaman para sí numerosos puestos adquiridos en las legislaturas locales, y aun discuten la probabilidad de obtener mayoría en la Cámara federal, unidos con los populistas. Bien averiguada está la elección del candidato republicano, para el importantísimo puesto de gobernador del poderoso Estado de Nueva York. No son conocidos todavía los datos

definitivos para formar un juicio cabal en el resultado de las elecciones.

Pero si hemos de atender á lo que anuncia la prensa republicana, si tenemos en cuenta el triunfo adquirido en la gran metrópoli donde más segura parecía la candidatura de los demócratas, hay que pensar que la 56ª Legislatura federal tendrá una mayoría republicana.

Esta actitud del pueblo americano en los últimos comicios significará el apoyo decidido á la política de McKinley, la aprobación solemne de sus actos trascendentales en el presente año, la sanción pública de la marcha general seguida por el Gobierno, muy principalmente en cuanto se relaciona con la política internacional, con la solución del problema antillano, con la conducta seguida en la guerra contra España, y hasta con las instrucciones dadas á los comisarios americanos, encargados de concertar el tratado de paz con la nación vencida.

**

La Unión Americana, que en sus últimos tiempos tiende á la expansión territorial, que agrega primero las islas Hawaii, adquiere por cesión Puerto Rico y las otras pequeñas Antillas que estaban bajo el dominio español, que toma un punto de apoyo en las abruptas rocas del grupo de las islas de los Ladrones y pretende por fin que España renuncie á su soberanía sobre Filipinas para tomar el extenso archipiélago bajo su protección, constituyendo ó no, una república tagala; entrará definitivamente por nuevos rumbos, se enderezará por vías nuevas, y olvidando las tradiciones de los ilustres fundadores de la república, y haciendo á un lado la herencia moral que le legaron los Washington y los Jefferson, se asentará entre las potencias de primer orden que sueñan constantemente con nuevos territorios, que se preocupan sin cesar del engrandecimiento, y llegan hasta la obsesión que se ha dado en llamar la manía del kilómetro cuadrado.

Fuerte ya y poderosa, después de haber acumulado en labor infatigable y en constante trabajo grandes elementos de todo género, dueña y orgullosa de una fuerza superior, llega un momento en que se desborda; son frágiles barreras á esa expansión los preceptos de sus antepasados, son inútiles válvulas á esa explosión las tradiciones gloriosas de sus fundadores: ayer era el Hawaii, hoy es Puerto Rico, y mañana será tal vez el archipiélago filipino.

**

Afortunadamente las nuevas tierras adquiridas y las que están para caer bajo su jurisdicción abren ancho campo á todas sus actividades, extienden dilatados horizontes á su vista, hacen brotar ricos y caudalosos veneros de producción, ofrecen amplios y seguros mercados al consumo, y requieren, antes de entrar en plena explotación, y de llenar todos los deseos, tiempo suficiente para acomodarlos á las necesidades del pueblo americano.

Ni un día, ni un año bastarán á organizar los pueblos incorporados á la Unión americana. Puerto Rico, tranquilo, floreciente, cargado de frutos y de flores en medio de su régimen colonial, no ha de ofrecer ningunas dificultades. Las islas Hawaii, pueblo recientemente abierto á las corrientes de la civilización moderna, serán fáciles de organizar en territorio federal, fáciles también de desarraigar las últimas reliquias de la extinta monarquía. Con la cooperación de los elementos separatistas, con ayuda del conato de gobierno provisional constituido por los insurrectos, con los restos aprovechables del régimen autonómico español, es posible dar orden y organización á la isla de Cuba que tan necesitada está de reposo y de gobierno firme, para cicatrizar todas sus heridas, para abrir á las corrientes civilizadoras sus fuentes de riqueza cegadas, para ingerter en el nuevo régimen elementos de vida y de actividad, tras la ruda brega, tras la sangrienta lucha que acaba de terminar. Ya entonces podrá resolverse su suerte y determinarse sus futuros destinos.

Pero el Archipiélago filipino, agregación heterogénea y disímbola de pueblos y de razas, donde palpitan los gérmenes de un régimen teocrático, donde están todavía vivientes los despojos de un régimen colonial irregular; el Archipiélago filipino, formado por una agregación irregular de pueblos, unos en el estado primitivo y salvaje, otros semi-bárbaros, y otros cultos y civilizados aun-

que con los resabios malsanos de sus viejas tradiciones; allí donde hay intereses tan opuestos, preocupaciones tan arraigadas, pasiones tan violentas, razas tan disímolas, gentes tan distintas, costumbres tan heterogéneas, todo eso regado en un inmenso territorio, desparramado en los millares de islas, de islotes y de rocas abruptas que forman todo el grupo; el Archipiélago filipino necesita de grandes esfuerzos, de trabajos hercúleos, para dársele orden, para constituirse un gobierno, para incorporarlo a la gran República americana. Ardua es la tarea y erizada de dificultades; magna la empresa que tiene que acometer el gobierno de McKinley, si, venciendo los obstáculos que oponen los comisarios españoles en las conferencias de París, logra por fin, con indemnización ó sin ella, hacer que España renuncie a todos sus derechos de soberanía sobre el archipiélago magallánico, en favor de los Estados Unidos.

* *

Dar fuerza á estas labores, aliento á estas tendencias, sanción á esta política, impulso á estas pretensiones, todo eso significa el triunfo del partido republicano en los comicios electorales de la presente semana.

Y si tiene todo este alcance en cuanto se refiere á la política interior del gobierno de Washington, no creemos aventurado decir que acaso sea mayor en cuanto se refiere á sus relaciones internacionales. ¿Qué significan si nó, las declaraciones de Salisbury á raíz del pretendido triunfo de los republicanos en los comicios? ¿De qué puede ser el símbolo ese carro alegórico que pasó ayer por las calles céntricas de Londres, representando á la raza anglo-sajona? ¿A qué fin el estrecho abrazo de *Colombia y Britania* en ese carro, el soldado americano con el pabellón inglés y el soldado inglés con el pabellón americano?

El jefe del gobierno inglés declara de una manera categórica su adhesión á la iniciativa del Czar, sus buenos deseos por cooperar en el orden de lo posible á que se realice el filantrópico pensamiento, la humanitaria idea del autócrata moscovita; pero hace sus reservas, perfectamente explicables en los labios de un diplomático inglés, y declara también que la Gran Bretaña no puede suspender sus armamentos, ni dejar desmantelados sus puertos, ni soñar en desguarnecer sus fortalezas, sin abdicar de su soberbia, sin ver derribada su grandeza y renunciar, acaso para siempre, á su gran imperio colonial.

En esa virtud, sigue el movimiento en los arsenales, la actividad en las maestranzas, el trabajo en los astilleros, la vigilancia en el Almirantazgo; y como no hay quien pueda, por su propia voluntad y por su solo esfuerzo, conjurar las nubes de tormenta y las amenazas de guerra que se ciernen sobre la Europa continental, dice Lord Salisbury que no es de extrañarse que su país esté en guardia y disponiéndose para cualquiera eventualidad. No quiere que un acontecimiento imprevisto lo sorprenda desprevenido, por que sería inmensa su responsabilidad.

* *

Noblemente alaba al gabinete francés, por su prudencia y buen criterio manifestados en el reciente conflicto. No escatima los términos más laudatorios para el ministerio de la República Francesa, que ha sabido con prudencia y buen sentido evitar un choque que á muchos parecía inevitable. ¿Y cómo economizar sus frases de encomio al enemigo que se ha plegado á sus exigencias y ha quitado de enmedio todo motivo de discusión, ordenando la retirada del comandante Marchand? ¿Cómo no derramar las flores de la oratoria después de un triunfo diplomático? No será una solución la que se ha encontrado al problema egipcio con la terminación del conflicto de Fashoda; pero el aplazamiento solo de esa cuestión, aunque sea en términos amenazantes, es ya un motivo de satisfacción para el gobierno británico.

Vendrán acaso nuevas reclamaciones después; pedirá Francia sola ó apoyada en Rusia, su alianza, la evacuación de Egipto ó su colocación bajo un protectorado internacional, y habrá otra vez resistencias por parte de Inglaterra, y á menos de una coalición europea contra el poder británico, los que bombardearon Alejandría, los que han sujetado á su tutela al Jive, los vencedores de Ondurmán, los que capturaron Jartún los que aniquilaron el poder del Mahdí, los que abatieron las banderas de los dervises, los que están en posesión ahora de toda la cuenca del

Nilo, desde Damietta hasta Fashoda, quedarán allí donde han levantado sus tiendas, donde han extendido sus dominios, donde han plantado su estandarte.

Y seguirán avanzando para obtener el predominio sobre el Continente Negro; obtendrán por contrato obligado la bahía de Delagoa, arrancada de grado ó por fuerza á Portugal; seguirán avanzando al Norte y al Sur, al Oriente y al Occidente, hasta unir los brazos de esa cruz que se extiende desde la desembocadura del sagrado Nilo hasta la colonia del Cabo; y desde las costas encantadas del Océano Indico hasta las bocas del Níger y Sierra Leona, sin importarles que de ese modo, aparten y limiten las posesiones extrañas.

* *

Hay además un punto, que es el que queríamos señalar desde un principio, en que coinciden la política americana y la inglesa, en que se confunden por su importancia, los dos grandes acontecimientos de la semana: el discurso de Salisbury y las elecciones en los Estados Unidos. Nos referimos al pasaje en que el jefe del gabinete inglés, declara que la adquisición de Filipinas por los Estados Unidos, si es acaso un motivo para perturbar la paz, indudablemente ha de ceder en bien de la Gran Bretaña. Es que, como lo indicaba poco ha el ministro Chamberlain, cada día avanza más la idea de una alianza anglo-americana; y por esta vez puede afirmarse, que sancionada en los comicios la política de McKinley, se presumen ya los preliminares de esa ansiada alianza. Y la unión de los pueblos anglo-sajones, que tienen y se atribuyen una gran misión en la tierra, será un hecho consumado, como se indicaba en el carro alegórico que corrió anoche las calles de Londres entre los aplausos de la multitud y el entusiasmo frenético de un pueblo, que muy rara vez abandona su fría seneridad y se entrega á arrebatos febriles.

La unión anglo-americana iniciará una nueva era, hará como la presentación internacional de los Estados Unidos en el concierto de las potencias, y marcará una nueva etapa en la marcha triunfal de esos pueblos, trabajadores infatigables, que se derraman por toda la redondez de la tierra.

Como contestando á esta posible alianza, ya se anuncian protestas contra la actitud de los Estados Unidos, se habla de algo más que de intervenciones platónicas por parte de algunos gobiernos europeos, y se indican como posibles ciertas gestiones diplomáticas en favor de España y para poner coto á las que apellidan exigencias de los americanos. Y aunque así fuera, McKinley no retrocederá en la ruta que sigue; si cuenta con el voto de sus conciudadanos en los últimos comicios, no cejará en la marcha emprendida, aunque se interpongan las gestiones diplomáticas de los monarcas europeos.

X. X. X.

10 de Noviembre de 1898.

Los estudiantes de Alemania.

La vida estudiantil pasa por la más agradable en todas partes del mundo, y dícese con sobrada razón que las preocupaciones del examen están hartamente compensadas con la falta absoluta de preocupaciones de otra índole.

La savia juvenil que hierve en las venas con irresistibles impetuosidades; el porvenir que se abre por delante de nosotros y que aunque incierto y azaroso, plácenos verle siempre color de rosa; el continuo roce con caracteres igualmente juveniles y entusiastas, son elementos más que suficientes para asegurarnos un buen girón de felicidad, de esa felicidad pérfida y volátil, que nunca se entrega por completo y que guarda siempre una gota de hiel en el fondo de su copa, que dicen desbordante de seular Falerno.

Y es curioso observar las costumbres y la vida íntima de esos haces de juventud, de esas yemas que al estallar mañana, formarán el núcleo dirigente de sus pueblos, la diputación intelectual que habrá de representar ante el tribunal augusto del Tiempo, el estado mental de toda una comarca en un periodo preciso de la historia humana.

La vida estudiantil varía en cada pueblo, en consonancia con caracteres y tradiciones y no creemos que en todo el orbe haya una más original que las que llevan los germanos que cursan aulas.

¡Cuán lejos de ella la gaiatería ruidosa del Barrio Latino y los rudos atletismos de Oxford! Aquí no hay ni mujeres ni pelotas, ni política ni socialismo religioso. El estudiante alemán tiene orgullo en no ocuparse sino en asuntos estudiantiles, que estén dentro de la tradición académica, como ellos dicen. Lo demás, lo abandonan olímpicamente en manos de los *filisteos*, nombre con que designan á los que no son de ocupación intelectual y á quienes profesan más desdén que los más nerviosos artistas á *monsieur Prudhomme*.

Desde luego, en Alemania la relación de los jóvenes que estudian es mucho menor que en cualquiera otra parte, pues allí sólo es reputado *estudiante* el que cursa alguna facultad universitaria, para lo cual ya le ha sido preciso absolver todos los estudios preparatorios y tener en la bolsa un título de bachiller; y por otra parte las condiciones de su progreso industrial demandan muchos brazos y muchas actividades, de suerte que un muy reducido número de jóvenes es el que lucha por el doctorado para abrazar profesiones liberales.

Para conocer bien la vida académica de Alemania, es preciso observar de cerca alguna de las viejas ciudades universitarias, de las más genuinas y tradicionalistas. Bonn por ejemplo, ó mejor Heidelberg.

Heidelberg tiene todas las apariencias de una villa medioeval: sus techos de teja acanalada, sobresalientes en las fachadas hasta tocarse casi en el centro de la calle; sus tabernas subterráneas; sus campanarios semi góticos; sus fuentes ornadas de groseras esculturas de piedra todo evoca vivamente las viejas épocas, y antójase ver desfilar por aquellas calles un tropel de lansquenetes ó un escuadrón de dragones de Wallenstein.

En esa villa, los estudiantes son reyes y señores regocijo de taberneros y azote de *filisteos*. Allí ellos gozan de muy especiales privilegios, casi de fueros, puesto que por ejemplo la policía urbana no puede mortificarlos para nada, por existir un cuerpo de guardianes particulares con el nombre de "policía académica" así como también un tribunal especial para juzgar de los delitos correccionales cometidos por estudiantes.

En Heidelberg, ¡cosa rara! casi no hay guarnición militar, tal vez para evitar conflictos entre estudiantes y oficiales, y extrañase el viajero ante la escasez de uniformes ambulantes, cuya profusión es el rasgo más característico de las otras ciudades alemanas.

En cambio hierve materialmente la multicolor polícrmia de las cachuchas académicas, y no se puede dar un paso sin topar con numerosas parvas de estudiantes que cruzan las aceras, entre muchas risas y muchas bromas.

La cachucha estudiantil es obligatoria para los estudiantes que siguen la tradición, porque es el distintivo de la agrupación académica á que se pertenece. Estas agrupaciones constituyen la particularidad fundamental de las universidades alemanas, pues en ninguna parte acostumbran los estudiantes á unirse en sociedades perfectamente organizadas y disciplinadas que no tengan absolutamente ningún fin político. ¿Cuál es pues el objeto de tales agrupaciones académicas de la vieja Germania?

Tienen dos: *beber mucha cerveza, y batirse muy á menudo*; pero beber y batirse ordenadamente, conforme á reglas y ceremoniales de muy estricta observancia y bajo la dirección de individuos de superior jerarquía en el escalafón académico, tal cual lo mandan los dos códigos aprobados para todas las universidades alemanas, y que son: el "Código de la Espada" y el "Código del Pichel."

En Heidelberg hay más de veinte agrupaciones de este género, de las cuales hay algunas de muy larga existencia ya como la "*Saxo Borussia*" que se fundió á principios del siglo pasado. Cada una de ellas tiene sus colores especiales, pero todas obedecen á los mismos códigos ya citados. Los colores se ostentan en la cachucha y en un listón de cinco centímetros de ancho que se lleva cruzado sobre el pecho, de izquierda á derecha. Cada agrupación tiene su presidencia y dos clases de miembros activos: los "*Bursche*" (compañeros) que ya tienen más de dos años de pertenecer á la Sociedad, y los "*Fuechse*" (zorros) que son los principiantes.

Cada *compañero* tiene un *zorro* especialmente destinado á su cuidado, y el cual tiene que obedecerle en todo y por todo. Los *Fuechse* usan una cola de zorro en torno de la cachucha, como distintivo especial de su carácter académico.

El "Código del Pichel" tiene que observarse desde el momento en que se encuentran tres estudiantes juntos, y su prescripción fundamental prohíbe que se beba menos de un litro por cabeza en una *sentada*. Además, fija la manera de empuñar el pichel de llevarlo á los labios y de tragar el líquido, y establece los castigos que se impondrá á los que en tales manipulaciones se equivoquen, los cuales castigos consisten en hacerles beber determinada cantidad suplementaria del líquido de Gambrino. Hay además ceremonias especiales como la *salamandra*, que consiste en golpear uniformemente los pichelos sobre la mesa y beber luego el líquido, obedeciendo las órdenes de mando. En los intermedios, se cantan canciones de la *malicia* de la siguiente, que malamente traduzco:

*Entiérrenme en un tonel
grande como Heidelberga,
para que después de muerto
siga bebiendo cerveza.....*

En cuanto á los duelos, no se parecen en nada á los que solemos ver en países latinos; el duelo académico consiste en cortarse el rostro con unos sables ligerísimos llamados *Rapier*, estando perfectamente protegido el resto del cuerpo y llevando antecojos de grueso alambre.

En 238 encuentros que tuvimos ocasión de presenciar, no hubo uno solo de consecuencias serias: una herida en la mejilla, algunas puntadas, una cicatriz para toda la vida.... y basta.

Hay que hacer dos advertencias que son las que más hacen pensar sobre el extraño gusto de los tudescos: 1^a el duelo académico no es originado por enemistades, sino por voluntad de ambos contrincantes, que se honran con ello mutuamente; 2^a es altamente honroso para ellos tener cicatrices en la cara.

Como se ve es bien rara la vida de los estudiantes alemanes, y muy distinta de la de otros países. Sólo en un punto hay analogía: en que casi no se estudia!

OSCAR HERZ.

BAILE INFANTIL EN EL COLEGIO DE LAS SEÑORITAS SALGADO.---OAXACA.



Niño Luis Fernández.
Niña Luz Esperón.
Niño Federico Zorrilla Barrunúa.

Niña Trápaga Figueroa.
Niño Federico Hernández
Niña María Esperón.

Niño Guillermo Castellanos.
Niña Esperanza Berges
Niño Roberto Maqueo Zertuche



Niño José Castellanos.



Niña Ana M Castellanos.



Niño José Trápaga Figueroa.

**BAILE INFANTIL
EN EL COLEGIO DE LAS SRITAS. SALGADO
EN OAXACA.**

El Colegio de las señoritas Salgado es uno de esos establecimientos benéficos á la sociedad, pues las educandas que á él concurren forman después lo selecto de ella, toda vez que la educación y la enseñanza corresponden á las más serias exigencias de la moderna cultura y de la moralidad.

Cuatro generaciones educadas en ese Colegio atestiguan los nobles afanes de la corporación directiva y docente de ese Colegio.

Una nota característica del establecimiento que nos ocupa hace acreedoras á las señoritas Salgado á la gratitud de la sociedad oaxaqueña. Nos referimos al desinterés con que las mencionadas profesoras cumplen su misión nobilísima: largos años hace que viven entregadas á la enseñanza y jamás han lucrado con su profesión.

Limitan su ambición á cubrir los gastos del colegio, á sostenerlo en un pie de progreso y á retirar modestísimas utilidades, —únicamente las que reclaman sus necesidades personales.

Este ejemplo de excepcional hidalguía merece los aplausos de todos los que se preocupan por el progreso y el bien social.

Últimamente se efectuó en este plantel un baile de fantasía en el que tomaron parte los niños de la buena sociedad oaxaqueña.

Damos en estas páginas retratos de esos niños así como un grupo, que nos envió nuestro corresponsal.

Estado actual de la Casa de Cuna

REFORMAS MATERIALES Y ADMINISTRATIVAS.

Fecunda en mejoras de toda especie ha sido la época presente de la Casa de Niños Expósitos de la capital. En consonancia con los adelantos modernos y las necesidades crecientes del periodo evolutivo por que atravesamos, ese Establecimiento de Beneficencia ha sido objeto de las reformas que pasamos á reseñar.

Pocos días hace que la Dirección de la Casa de Cuna distribuyó el Reglamento provisional que determina las obligaciones de todos sus empleados y el objeto principal que persigue la institución. Anteriormente no existía ese reglamento, del todo indispensable para normar los actos económicos y administrativos, y la Secretaría de Gobernación acaba de otorgar su sanción para que sea puesto en vigor.

La declaración fundamental del Reglamento hace saber al público que el Asilo queda abierto á todos los niños que llegan al mundo sin derechos á un puesto en la sociedad y á aquellos que por accidentales circunstancias no tienen bajo el techo paterno los necesarios elementos ni las prolijas atenciones indispensables á su vida. En esa virtud queda abierta La Cuna, para los huérfanos de padre y madre que no tengan deudo ó persona que deese recogerlos, los que no puedan ser sostenidos y educados por sus padres y los que, mediante pensión mensual, sean presentados por sus padres ó parien-

tes, haciéndose la clasificación de los niños en expósitos, amparados y pensionistas.

INSPECCIÓN DE NODRIZAS.

Este departamento, dependencia directa de la Cuna, es de novísima creación, pues cuenta los días que van transcurridos del mes. En él son examinadas las mujeres que proponen sus servicios como nodrizas á efecto de proporcionárselas los certificados respectivos para ser admitidas en las casas particulares.

El local de la inspección se halla situado en la planta baja á la izquierda inmediatamente á la puerta de entrada que da á la calle de la Merced; consta de dos salones, uno para el despacho del Doctor encargado de la inspección, Sr. Miguel M Márquez, y el otro dedicado á los aparatos con que se trabaja. El mobiliario de ambos salones es nuevo y de aspecto sencillo á la vez que elegante; las paredes y techos son enteramente nuevos y están convenientemente tapizados. En el muro principal se halla colocado un retrato de grandes dimensiones del actual Secretario de Gobernación.

LOS DORMITORIOS.

Son tres los reformados últimamente: el de niños y niñas de uno á cinco años de edad, que cuenta con veintitrés camitas de fierro, uniformes en su aspecto y dotados de nuevos y ricos abrigos. Entre catre y catre hay colgada una tableta barnizada que sostiene los artículos necesarios para el aseo de los asilados. Las paredes están pintadas al oleo, de color azul; en la principal hay una inscripción que dice: "Puesto por la dirección bajo el amparo de la virtuosa Señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz."



Colegio "Divina Providencia."—Dirigido por las Sritas. Salgado en Oaxaca.

A continuación se ve el dormitorio de las niñas más grandecitas del Asilo: contiene veintinueve camas de fierro, todas cubiertas de géneros blancos que semejan un lampo de nieve; entre cama y cama hay un buró cerca de la cabecera y un bonito bastidor en los piés. Las paredes están también pintadas al oleo, color verde claro, y en la del frente se lee la inscripción dedicatoria á la señora doña Luz Acosta de González Cosío.

El salón rosa es el de los niños distinguidos ó pensionistas, hijos, por lo general, de matrimonios acomodados. Existen doce camitas de fierro pintadas de blanco y su dotación de abrigos es de lo más fino y elegante. El aspecto de este salón acabado últimamente es bellísimo. En el muro de la derecha, pintado al oleo como los demás, puede leerse la inscripción que dedica el hermoso local á la veneranda memoria de la Señora Doña Angela Lamadrid dama zacatecana que legó al establecimiento una fuerte suma de dinero, que es precisamente con la que se han hecho las repeticiones y mejoras que venimos reseñando.

OTRAS OBRAS MATERIALES.

Los corredores de los pisos superiores é inferiores están pintados al temple. En el descanso de la escalera, cuyo piso es de tabletas de mármol blanco y gris, se destaca una pintura de mérito representando á una matrona la Ciudad de México, cubriendo con su manto la cuna en que duerme un niño y tendiendo su diestra á un pequeño desarrapado que está en actitud de implorar abrigo, protección y alimento. En el fondo del cuadro se esfuman el Popocatepetl y el Ixtacihuatl levantando sus nevadas cimas sobre el hermoso Valle de México.

La Sala de Música ha sido objeto de varias mejoras; piano, mesas y banquetas son nuevas y de madera barnizada.

En el patio principal se construirá más tarde un hermoso jardín y en su centro se levantará la estatua, en bronce, del Sr. Arzobispo Lorenzana, fundador de la Casa de Niños Expósitos en 1766.

El local que ocupa la Escuela de Niños ha sido objeto de mejoras tanto en su decorado como en la dotación de útiles y libros.

A moción de la Sra. D.^a Luz González Cosío de López se introdujo últimamente otra importante mejora: la de un aparato esterilizador de la leche que se da ahora á los niños que anteriormente vivían con sus nodrizas en el campo. La propia señora en persona compró la estufa y accesorios para esterilizar el li-



Estatua de Lorenzana y grupo de niños en la Casa de Cuna.

quido y permaneció una mañana entera enseñando á la Economa de la casa la manera de hacer funcionar el aparato y mezclar la leche con un cocimiento de cebada perla filtrada y agua de cal, alimento que se da á los niños débiles y á otros que no tienen nodrizas. Las graduaciones de las tres substancias se hacen con esmero y cuidado y según la edad y estado de las criaturas.

Las observaciones hechas hasta ahora con la substitución del alimento natural por el artificial, ha dado buenos resultados.

un año de repetición, todo un año robado á la brevedad de nuestra vida. Si favorable, ¿hi están las vacaciones, las yocundas vacaciones con su opulenta caudal de libertad y de inefable vagancia.....

¡No temas, joven estudiante, los jurados son piadosos porque fueron jóvenes!

EL FONDO DOTAL.

Proyecta el Sr. Doctor D. Manuel Domínguez, Director de la Casa de Cuna, establecer un cepo en el interior del Asilo para recaudar dinero que se aplicará al fondo dotal de Expósitos.

Cuenta el autor del proyecto con la buena disposición de las clases acomodadas para reunir algunas cantidades en beneficio de los desheredados. El cepo podrá abrirse solamente por el Director y la Rectora de la Casa, de común acuerdo.

El Sr. Doctor Domínguez nos decía: Si las parejas de recién casados acostumbran depositar el día de sus exponsales ó el de su matrimonio un modesto óbolo en el cepo proyectado, al fin de cada año encontrarían los huérfanos un capital que asegurara su porvenir más tarde, cuando dejaran el establecimiento; y digo más tarde, porque mientras permanecen los niños en el Asilo, el Gobierno atiende á sus necesidades.

¡Ojalá que nuestras damas ricas acojan con bondad y empeño la idea emitida por el señor Director de la Cuna!

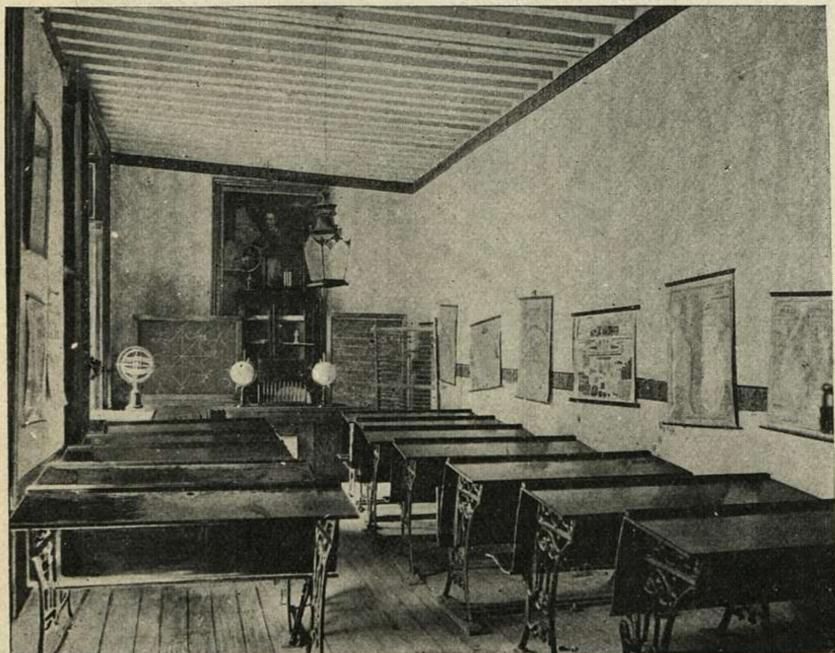
EL ASUNTO DE LA TEMPORADA

En nuestra primera plana presentamos á nuestros lectores un cuadro de género, que sin duda alguna evocará en ellos muy agradables recordaciones de la época juvenil.

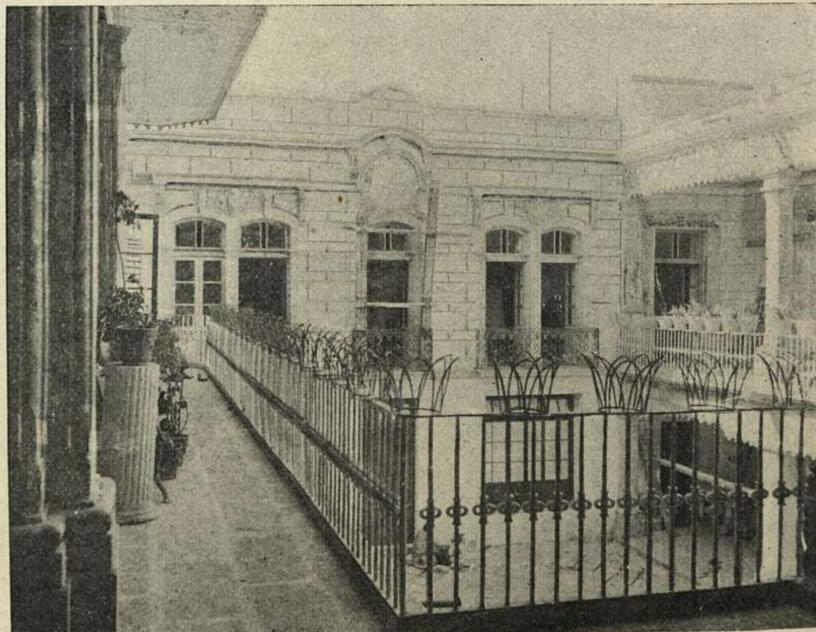
El examen, el temido examen, ha pasado; recojióse ya el fruto de un año de desvelos, y el terrible jurado—esa trinidad de ogros—está para pronunciar su fallo.

¿Cuál será éste?... .

La ansiedad desespera y con razón el estudiante vive un siglo en los pocos minutos que lo separan de conocer el resultado. Si este es desfavorable, hay en perspectiva amén de los disgustos y de las recriminaciones del hogar, todo



Casa de Cuna.—Salón de Escuela.



Casa de Cuna.—El Patio.



Casa de Cuna. Salón de distinción.

**EL REMATE
DE LOS MUEBLES DE ZOLA.**

Un sábado de la primera quincena de Octubre aparecieron en París tres ó cuatrocientos avisos, repartidos convenientemente, en los cuales se anunciaba el remate de los muebles de la casa núm. 21 bis de la calle de Bruselas, domicilio del autor de *Nana* y de *Acuso*.

Todos los periódicos de la mañana hablaban de la

aparición de los anuncios y de la próxima venta fijada para el próximo martes y cuyo objeto era satisfacer los 30,000 francos de daños y perjuicios que la Corte de Apelación ordenó que se pagara á los peritos del proceso Esterhazy.

Del sábado al martes todos los desocupados de París pasaron por la calle de Bruselas para ver la casa de tres pisos y dos puertas cocheras marcadas 21 y 22 bis. En esta última, correspondiente á la habitación de Zola, que comprende el piso bajo y el principal, había un p... el tiu brado.....

La lista de los objetos del anuncio delata un coleccionador que ha reunido pacientemente mil preciosidades. Sin embargo, no se siente la misma impresión al visitar la casa de Zola.

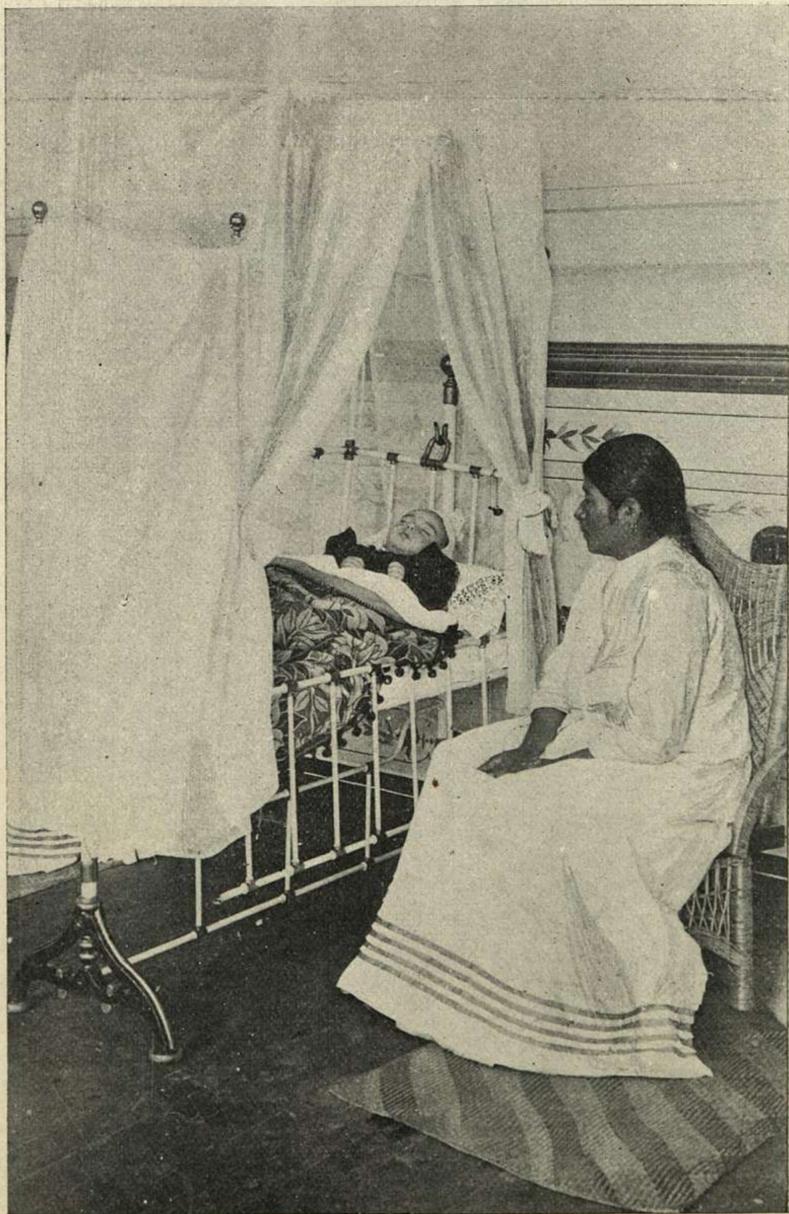
Lo que ha faltado al dueño de tantos tapices y ornamentos de iglesia, objetos chinos,

bibelots y curiosidades de todos los estilos no es ciertamente el dinero y el gusto, sino la paciencia.

Cuando Zola salió definitivamente de la mediocridad y sus libros le produjeron una renta de millonario, se ocupó en reunir los materiales de su lujo como acostumbra á reunir los materiales de una novela. Con un ardor sin ejemplo, frecuentó la Casa de remates y los almacenes de curiosidades; leía diariamente "El Monitor de las Ventas" y cuando viajaba corría tras de los comerciantes de curiosidades.

Compraba sin descanso, jamás regateaba; quería dos cosas: satisfacer sus deseos y no perder tiempo en compras. Tuvo el capricho de sentarse en una silla de la edad media y la encontró: soñó con un sarcófago de mármol para hacer de él una jardinera de flores artificiales y dió con el objeto deseado.

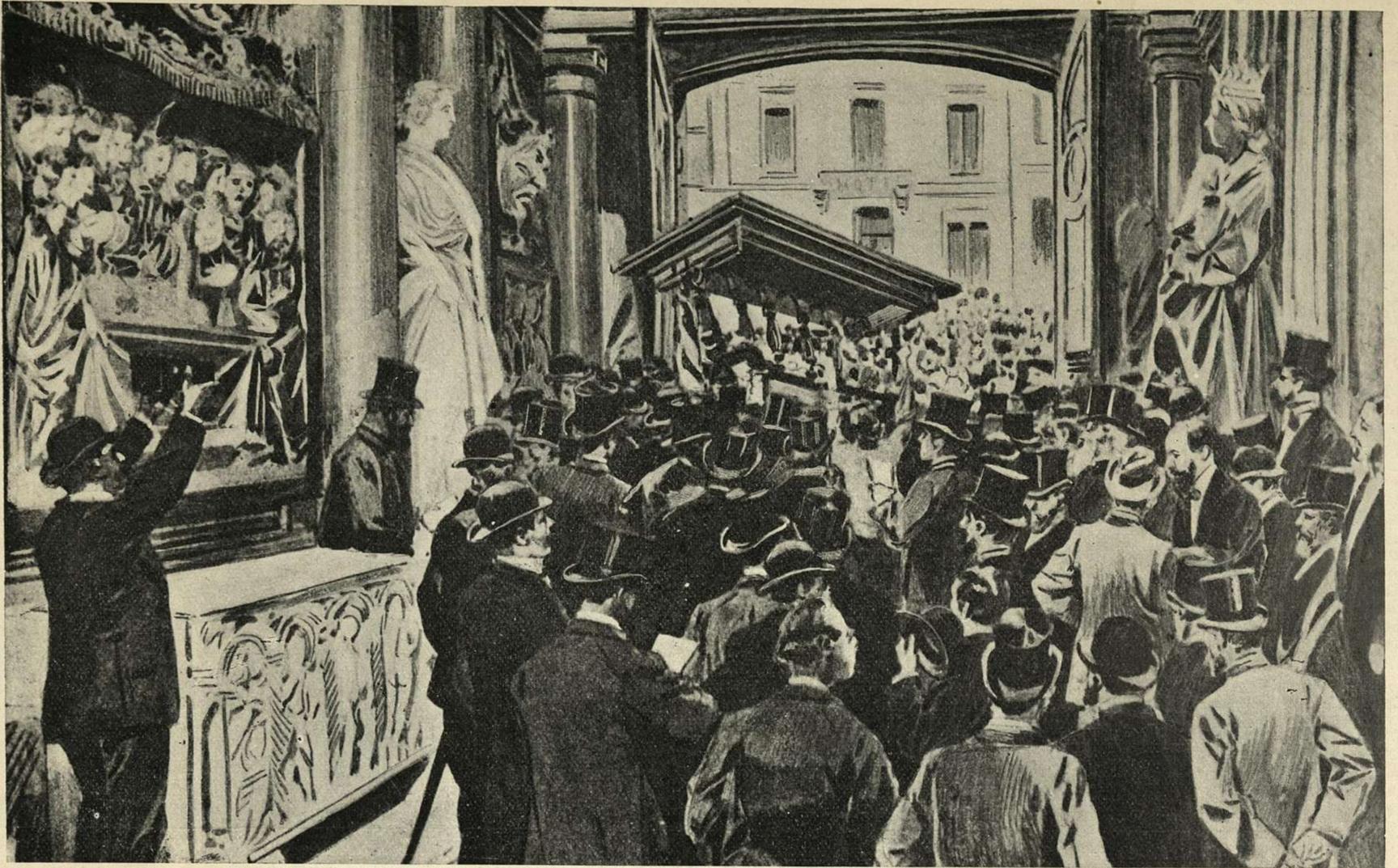
Las piezas de la casa de Zola producen una impresión de exceso en la ornamentación. Hay una sala de billar en la que sería empresa difícil manejar el taco sin echar al suelo los bustos y bibelots. Todo lo que



Velando al niño



Tomando la leche del esterilizador.



El remate en la casa de Zola.—'32,000 francos por una mesa'

hay en esta sala fué embargado, con la excepción de un retrato de Zola por Manet considerado como recuerdo de familia.

Los bastos no tuvieron la misma inmunidad: uno de ellos que data de 66 está aprisionado por una corona en cuyas cintas se lee: "A Emilio Zola, paladín del derecho y la justicia" Hay otras muchas coronas por el estilo; una inscripción dice: "Al gran combatiente, defensor de la libertad y la justicia, los Húngaros que lo admiran y simpatizan con él;" otra: "Al sublime Zola, gloria y veneración del mundo civilizado," y por último, en una guirnalda, colocada en un caballete dorado: "Homenaje a Zola, de cincuenta y seis institutrices del Haya."

También fueron inventariados los muebles del salón, del comedor, de la escalera, de las piezas accesorias y del vestíbulo; sólo respetaron los agentes de la ley el gabinete de trabajo y el dormitorio.

El simulacro de venta se efectuó en el zaguán. Como Zola no tiene coches, había colocado en ese lugar estatuas de mármol mutiladas, sarcófagos procedentes de la Villa Borghese, una virgen de madera, un bajo relieve italiano que representa la Cena, una máscara antigua y piedras sepulcrales.

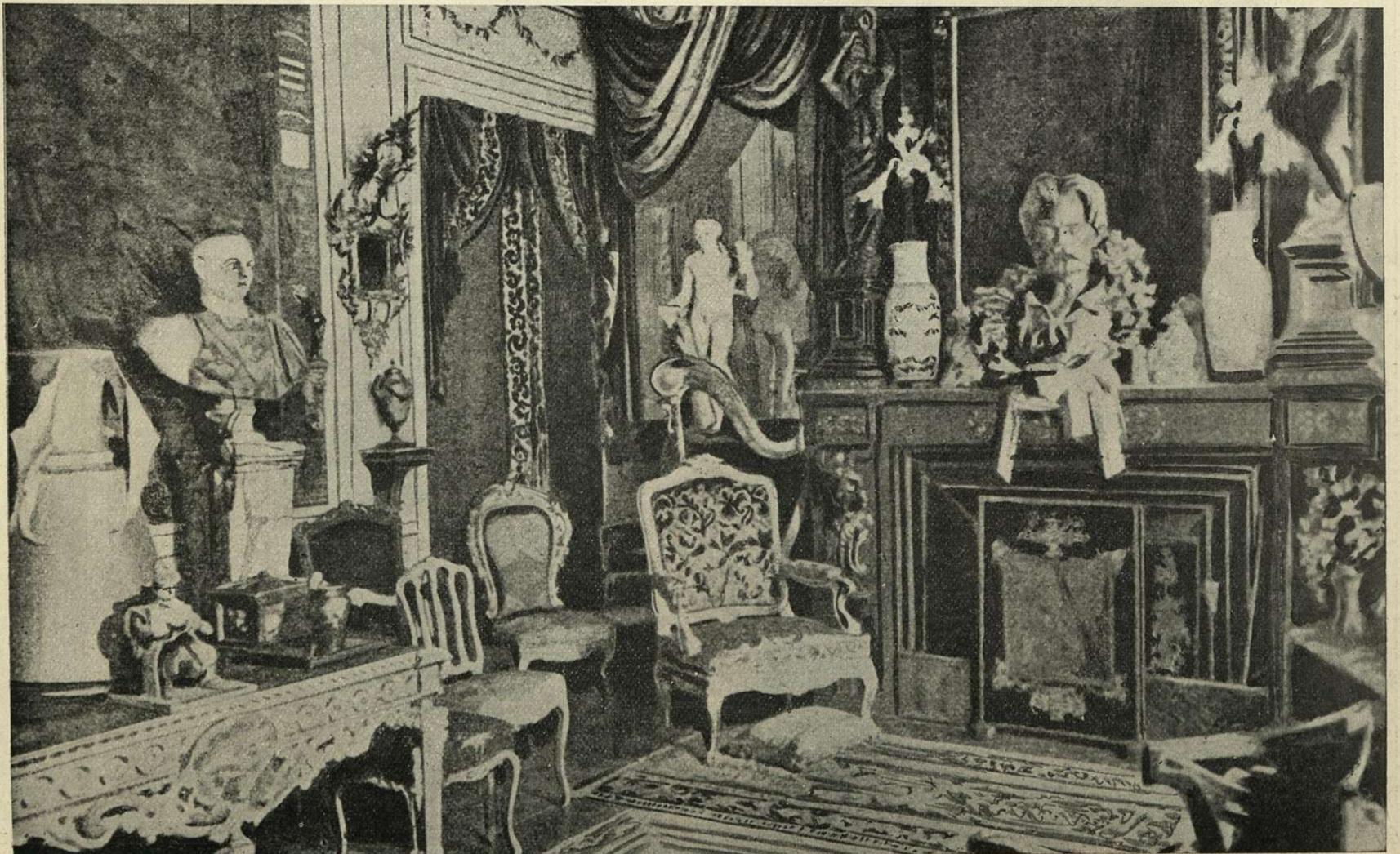
A las 11 de la mañana llegaron algunas damas inglesas, los terraceros huelguistas, los reporters de *La Libre Parole* y de *L'Intransigeant* y algunos comerciantes de la casa de Ventas que iban por curiosidad pues ya sabían lo que había de suceder.

A la una y media se abrió la puerta para que entraran cuarenta personas que se reunieron á quinientas que ya estaban esperando. Para contener el empuje de la gente, se había colocado una mesa tras de la

cual estaban los rematadores, los conserjes del tribunal, los amigos de Zola y los enviados de los periódicos neutrales. Detrás de la puerta vidriera, un grupo de mujeres rodeaba á la Sra. de Zola, nerviosa y agitada.

Ya se sabe lo que ocurrió. Al pedir 120 francos por la mesa misma que tenía delante el comisario rematador, alguien que estaba junto á Maese David, ofreció 32 000 francos. "Se han ofrecido 32 000 francos, ¿quién da más?"—"Deseo ver la mesa," dijo un concurrente habitual á los remates.—"Se enseñará la mesa," replicó David.—"Y dos mozos levantaron el mueble estilo Luis XIII, vulgar, cuyo valor es de 60 francos; el comisario repetía: "3 000 francos ¿No hay quién dé más?... 32 000 francos, una vez dos veces.... ¿No hay quién dé más? Adjudicada por 32 000 francos al Sr...—"Fasquelle, editor."

La comedia que pedía la ley quedó representada.



SALON DE LA CASA DE ZOLA.

FATAL CADENA.

El día aquel en que Rosa—huérfana de un preceptor, muerto, como todos los del gremio, en miserables condiciones—anunció á sus compañeras de trabajo la intención de marcharse para siempre del taller en que se hallaba, la asediaron todas á mil preguntas sobre su nuevo género de vida, y aún la encargada del taller acercóse á ella para decirle:

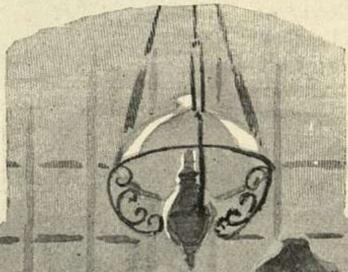
—He sabido que se va usted y quisiera saber si lo hace disgustada con el trato que recibe ó por alguna otra causa ajeña al trabajo...

—No, señora: aseguro á usted que no es mal trato ni mucho menos lo que me hace abandonarla, y siempre conservaré á usted en buena estima por la conducta que ha sabido seguir para conmigo.

—Debo advertirle, añadió la Madame, que tengo facultades para aplicar los sueldos que me parezca conveniente, y que me hallo dispuesta á aumentar el de usted si es que sus necesidades la obligan á buscar

Rosa había sido hija de un matrimonio constituido por un paupérrimo profesor y una dama de relevantes cualidades, y la educación recibida en sus primeros años hasta la pubertad, y además, su inteligencia despierta y clara, la habían hecho culminar desde luego al encontrarse poco tiempo después en el núcleo á que concurría para entablar la fatigosa lucha diaria.

Muertos casi al mismo tiempo los padres de Rosa, vióse esta precisada á trabajar para el sostenimiento suyo y de su anciana tía, ciega é inútil é ingresó, mediante recomendaciones, al



otra casa en que ganar más que aquí. Me es usted útil y deseo por esta razón que no nos abandone.

—Mucho agradezco á la señora la opinión que de mí tiene formada, pero he tomado ya mi resolución y estoy pronta á llevarla á cabo en todo lo que me sea posible.

—¿Usted es huérfana?

—De padre y madre.

—¿Tiene usted otros parientes?

—Sólo una anciana tía que comparte conmigo miserias y trabajos.

—Le han propuesto á usted alguna ocupación en que notablemente disfrute de mayores comodidades?

—No, señora: me propongo no emprender en adelante trabajos análogos á los que hasta hoy he desempeñado.

—Entonces... no me explico la manera de qué pensará usted vivir: á menos que vaya á casarse.

—Efectivamente. Muy pronto, si Dios lo quiere, iré á vivir con el hombre que va á ser mi esposo, y al finalizar esta semana dejaré de hacer compañía á ustedes para prepararme á mi nueva vida. He aquí la razón, que, á no dudar, encontrará usted aceptable.

A primera vista, Rosa no mostraba en su aspecto exterior, cualidad alguna que la distinguiese de la generalidad de las obreras de almacén, cuando al obscurer ó en las primeras horas de la mañana recorría en un grupo de dos ó tres compañeras las calles de la ciudad. Alta de cabellos y pupilas intensamente negros y más ó menos bonita poseía sin embargo, como principal atractivo, un cuerpo hermosamente delineado cuyas elegantes curvas mostrábanse magníficas á pesar del humilde vestido poco propicio para hacer resaltar tales magnificencias.

Observada detenidamente, Rosa, á pesar de sus grandes ojos negros y de su su cuerpo harmónico, resultaba poco simpática para la generalidad, tal vez á causa del pliegue de sus labios, que le daba un vago aspecto de irritante soberbia y de impertinente imperio. Su risa tenía en sí un cierto tinte enfático y burlesco á semejanza de la de aquellos individuos á quienes una alabanza necia é inmoderada saca de quicio; no obstante, disfrutaba entre sus compañeras de una gran dosis de consideración y cariño, debida á sus actos de caridad practicados entre algunas de las obreras más pobres, á su celo en el trabajo que jamás abandonaba durante el día, y, sobre todo, á su actitud y manera de aparecer, que la encumbraban rodeándola de una aureola de superioridad moral reconocida desde luego por los individuos vulgares que la trataban.

taller del que más tarde había de salir con la esperanza de una unión próxima á realizarse.

Poco después de aquella conversación sostenida por la joven y la directora, el pintor Julio Orla, trabajando una mañana en el atelier, recibía la siguiente carta escrita por Rosa.

«—¿Quiéres hacerme feliz, como lo repites hace tanto tiempo? Pues bien, ha llegado la ocasión de separarnos para siempre y de volver á ser como antes, dos «extraños. No te exijo nada más, ni aún el olvido absoluto, porque sé que sería una ofensa demandar tal «cosa de tí, ya que durante mucho tiempo has asegurado que soy tu único amor después del Arte. «Tampoco creo que llegues á suponer el enfriamiento de mi cariño: te quiero hoy lo mismo que ayer, y «durante toda mi vida me acordaré de tí porque has «sido tú el primer hombre á quien yo he amado, inclusive mi padre. Sin embargo, hay otro hombre que «tiene mayor derecho á mi ternura, y este hombre es «mi hijo, es nuestro pequeño hijo que empieza á «butir "papá" sin tenerlo.

«Aparte de este acto, no creo que tengas otro alguno que reprocharme: he sido fiel á tí durante tres «largos años en que mi amor de joven me ha fortalecido para esperar, inútilmente por desgracia, la legitimación de nuestras relaciones; y hubiera tal vez «esperado más, si no existiese hoy otra honra que demandara mi cambio de conducta en adelante. He sido «tuya y seguiré siéndolo, si no de hecho y materialmente, si por el connubio de nuestros espíritus efectuado ha tiempo é indisoluble á pesar mío; y á cambio de mi cariño y fidelidad de este tiempo pasado, «reclamo de tí el no volver á buscarme ni hacerme «recordar de manera alguna esa existencia anterior, «que amo, pero á la cual no debo ya volver los ojos.

«Tiempo es, pues, de decirte todo lo que ha de suceder, sin ambages ni reticencias, ya que gustas tanto de la verdad desnuda: Vive cerca del almacén en «que trabajo, un hombre de cuarenta años, más ó menos, propietario de un pequeño comercio y que se «llama don Ernesto Bernal. Hombre de sanas costumbres y de sencillo carácter, trabajador y bonachón, «poco ó nada instruido, si no es en cuanto á los valores en el mercado, y dedicado con gran ahinco á sus «negocios, es en todo y por todo, lo que se llama un «burgués; posee algunos miles de capital, que no «aventura sin previas vacilaciones, es soltero, solo y «goza de una salud incomparable. He aquí á grandes rasgos el hombre que se conceptuaría feliz en «exceso, si yo accediera á ser su esposa, y que no espera más que mi asentimiento para acercarse ante el

«altar de la Ley y darnos honra á mi hijo y á mí—por «que nos acepta á ambos.—

«Para hacerle admitir á mi Gastón, he forjado una «historia, inverosímil para cualquiera otro, menos para él, que me ama ciegamente y cree en mí sin un «átomo de duda. Por esta historia, el niño aparece como hijo de una dama de alta posición, cuyo nombre «permanece en el misterio, la cual dama hace llegar «á mi poder, el dinero necesario para el sostenimiento del pequeño. Esta burda trama, que á cualquiera «otro autorizaría para pretender de mí licencias y «desmanes, ha aumentado sólamente en el señor Bernal el amor que me consagra; pues dice que muy «grande y caritativo debe ser mi corazón, cuando por «practicar una buena obra he desafiado á la maldiciencia.

«Así pues, muy pronto, si los acontecimientos no lo «impiden, Gastón se llamará Gastón Bernal, «y yo dejaré de ser la amiga de un artista «para transformarme en honrada y respetable señora.

«Comprendo que este paso dado por mí «podrá afectarte: pero estoy resuelta á ello y «tu falta de realización no dependerá de mí. «Mañana iré á verte por última vez, nos despediremos como dos buenos hermanos, uno «de los cuales va á emprender un largo viaje, del que, acaso, no habrá de volver, y es «pero que muy pronto hallarás el consuelo «de este abandono, entregándote por completo á la realización de tus ensueños de «Arte.»

A la salida del taller, una vez finalizadas las labores del día, Rosa, contrariando la costumbre establecida, encaminose sola á su hogar, pretextando ante sus compañeras cierta ocupación urgente que la obligaba á marcharse sola. A poco andar, experimentó la impresión de alguien que deliberadamente la siguiese; volvió la cabeza y sus miradas encontráronse con las tímidas y cariñosas del comerciante, que avanzaba en su seguimiento.

—¡Ah! ¿Es usted? No le había visto.—Prorrumpió Rosa deteniendo el paso:—¿Lleva usted el mismo rumbo?

—Si, y si usted lo permite la acompañaré hasta su casa; pues no es otro mi deseo.....

—Muchas gracias..... Estoy segura de que no encontraría en mi camino mejor acompañante que usted, y acepto gustosa su ofrecimiento. Vamos andando.

—¿Esto es que se propone usted tratarme con mayor indulgencia en adelante? ¿Acaso tendría yo la felicidad de ver que mis palabras han llegado á conmoviera?

—¡Chst! No hablemos de eso. Acepto la compañía de usted—clavando en él sus profundos ojos—á condición de no tratar esos asuntos. Tiempo hay de sobra.

—Es que hace mucho tiempo, desde que la conocí, no puedo pensar en cosa diferente: ¿Desea usted tal vez prolongar indefinidamente este tormento? ¿No está usted segura todavía del cariño que le tengo?

—Pues.....

—¡Oh, sí! Tengo esperanzas de que usted ha de darme crédito; el corazón me dice que no puedo soñar en balde tanta felicidad.....

—¡Ja! ja! ja! Pero... el que yo haya dicho que hoy no se debía tratar tales asuntos no significa que mañana....



—¿De veras?
—Con seguridad.
—¡Gracias, mil gracias! No sabe usted que feliz me hace con sus palabras
—Esta espera será benéfica para usted; pues le permitirá reflexionar aún sobre lo que va á decirme.

—Nada tengo que agregar: usted conoce ya perfectamente la honradez de mis intenciones y la sinceridad de mi cariño, y no falta más que una palabra suya para que mis esperanzas se realicen.

—Allá veremos. Ahora, déjeme usted, porque nos hallamos cerca de la casa. Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.
El señor Bernal detúvose en la acera, cerca de la esquina, viendo alejarse graciosamente á la joven; una vez que la perdió de vista, giró sobre sus talones y encaminose sin apresuramiento, metidas las manos en los bolsillos de la americana, hacia las calles céntricas de la ciudad, llenas á esa hora de innumerables transeuntes.

Marchaba lentamente como aquel que necesita meditar sobre algo que le preocupa, y sus labios á veces entreabríanse balbuceando frases incoherentes; llegó bajo el mechero de su restaurant y entró á éste, sentándose ante una de las mesillas de mármol.

Cuando el mozo le hubo servido, el señor Bernal extrajo de su faltriquera una carta escrita en papel común, por sus cuatro carillas, con una letra torpe y desigual; leyóla atentamente y quedóse en seguida con las miradas fijas en un punto invisible.

—He aquí—meditaba—toda la gravedad que consigo puede traer un acto irreflexivo. Si alguien me hubiese asegurado hace dos años este resultado, de seguro que me habria echado á reír. Tal parece que la desgracia se ha acordado de mí y viene ahora á reclamarme su parte.

Me amenaza. Y es muy capaz de hacer lo que dice. Una vez resuelta, no la detendría nada.

¡En fin! No hay que dejarse abatir; no todo está perdido: iré á verla hasta donde se halle; le daré el dinero que quiera y más aún para acallar sus pretensiones y á condición de no volver á importunarme ni á acordarse de mí en toda su vida. Sí, si me negara yo así, rotundamente, capaz sería de venir á buscarme y provocar el gran escándalo. ¡Y no! ¡Eso nunca! Hoy que veo la dicha casi al alcance de mis manos. ¡Dios no permita que esa mujer conozca mis planes! . . .

Á la mañana siguiente, después de una larga noche de insomnio, Rosa preparose á salir con el objeto de visitar á Julio antes de las horas de trabajo. Las reflexiones asemejábanse en amargura á las del comerciante, y remordimientos y zozobras hasta cierto punto análogos inaceraban su voluntad hasta el grado de producirle aquella vigilia de la noche anterior.

—¿Qué efecto habrá producido en él mi carta? ¿Aceptará filosóficamente el caso, ó se dejará arrebatado por la exaltación? ¿O se vengará tal vez descubriendo mi secreto?

El atelier del artista, á la llegada de Rosa, hallábase cerrado. Tocó, más no obtuvo respuesta; quiso entonces suponer que Julio, no teniendo que esperar la co-

mo de costumbre, habría permanecido en el lecho y sentose á aguardarle en el dintel de la puerta de entrada. Esperó inútilmente durante una hora, llamó repetidas veces, y al cabo, desalentada, bajó la escalera, oprimido el corazón por aquel inesperado suceso.

Durante los días subsiguientes, el estudio del pintor permaneció cerrado para ella; mientras tanto, el comerciante activaba los preparativos de su enlace con Rosa; la modista, el sastre y el tapicero visitaban de continuo al señor Bernal y un día, éste después de muchas conversaciones con su prometida, presentó un paquete de esquelas en que se anunciaba el futuro matrimonio.

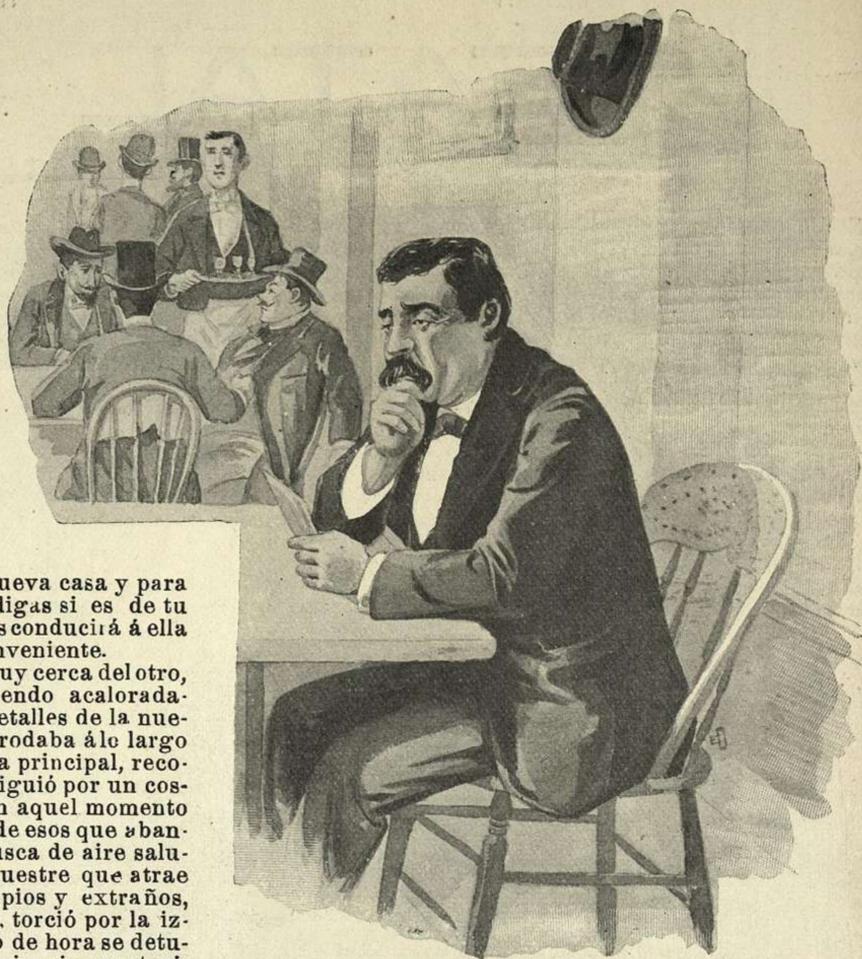
—Vengo además—la dijo—para invitarte á conocer tu nueva casa y para que tú al mismo tiempo, me digas si es de tu gusto. Traigo un coche que nos conducirá á ella desde luego, si no tienes inconveniente.

Y se fueron los dos, la una muy cerca del otro, amablemente unidos y discutiendo acaloradamente acerca de los menores detalles de la nueva casa. El coche en que iban, rodaba á lo largo de las calles, entró á la avenida principal, recorriéndola hasta su extremo, siguió por un costado del parque, concurrido en aquel momento por cien grupos de paseantes, de esos que abandonan temprano el lecho en busca de aire saludable, cruzó ante la estatua ecuestre que atrae ha tiempo las miradas de propios y extraños, por la belleza de su ejecución, torció por la izquierda y al cabo de un cuarto de hora se detuvo ante una casa de alegre apariencia, construída cerca del foso que separaba el campo de la calzada.

Una vez en el interior, Rosa, agitada por una manifiesta alegría, iba de aquí para allí, arrastando casi por la mano á su prometido, abriendo y cerrando puertas y ventanas, y él se dejaba llevar, hacer y sacudir, pleno de regocijo al advertir las manifestaciones de aprobación de su compañera.

—Esta,—decía Rosa asomada á la ventana desde la cual se distinguía la arboleda de la gran calzada—será la elegida por mí para pasar las tardes mientras tú llegas; desde aquí—añadía pasando á otra pieza—podré verte llegar cuando te anuncie el timbre de la tranvía, y por la mañana, esta puerta será por la que yo salga con el delantal repleto á distribuir el grano entre los animalitos del corral, que han de acudir presurosos á mi llamada.

¡Qué hermosa existencia voy á pasar aquí! Sembraré en el jardín muchas flores, muchas rosas sobre todo; en el corredor cantarán siempre dos ó tres pajar-



llos bulliciosos é incansables, y todos los días, después de haber prendido en el ojal de tu solapa la flor más fresca y recientemente abierta ellos serán los que endulcen mi tristeza de ver cómo el tren te lleva á la ciudad. ¡Oh! cuán ansiosamente espera mi corazón el gran día! ¡Cuán feliz y satisfecha voy á vivir á tu lado!

—¿Y no tendrás miedo á los ladrones?

—¿Crees tú?

—Podiera ser. Esta inseguridad, este aislamiento es lo único que me repugna de la casa. Si yo estuviese se sentaría á tu lado, el caso me parecería risible; pero te amo de tal manera y eres tan adorablemente hermosa, que temo y con razón el que alguien te arrebatase envidioso de mi lado.

—¡Bah, pusilánime!

—¡Fea!

Llegó el día del enlace y efectuose sin que Rosa hubiera logrado ver á Julio. Esto desazonábala un tanto y la embargaba en profundas cavilaciones que no lograba desterrar ni la presencia del señor Bernal. Repetíase constantemente las mismas preguntas sin encontrar una respuesta satisfactoria: ¿Qué conducta habrá resuelto adoptar? ¿Cuál será su actitud una vez que sepa que estoy casada? ¿Me olvidará? ¿Vendrá á buscarme?

Cierta día en que Rosa había ido á compras á la ciudad, al recorrer según costumbre mujeril, los escaparates, detúvose de pronto abrumada por un espectáculo espantosamente desolador. Sobre un caballete, en uno de los aparadores de una casa de Arte, ostentábase el cuadro de una hermosa mujer desnuda, en graciosa actitud artística. El parecido con la mujer del comerciante exacto: el pelo, intensamente negro, descendía ondulante sobre las ebúrneas espaldas, y en los ojos parecía haber concentrado el artista toda su atención y toda la pujanza de su numen extraordinario! Aquel cuadro era conocido por Rosa desde mucho tiempo atrás; había sido hecho por Julio en la primera época de relaciones con la huérfana; copiado línea á línea, retocado cuidadosamente una y cien veces, entre caricia y caricia, durante las primeras horas de la mañana, que dejaba libres á la joven el trabajo del Almacén.

Ante el aparador un grupo de amateurs comentaba el trabajo expuesto al público.

—¡Esta sí es pintura y no la del imbecil ese del otro día.

—¡Claro! Pero esto debe ser algún extranjero: el país no produce todavía cosas semejantes.

—¡Calle usted! Usted siempre con su impertinente admiración por todo lo que no es nacional.

—Además de que una belleza tal es inverosímil. . . .

—Pues señores: casi puedo asegurar á ustedes que eso eso es producto del país. ¡Si estoy por decir que esa cara la conozco!

—¡Hombre, hombre!

Rosa no quiso detenerse un momento más. Alejóse violentamente, volviendo las espaldas al grupo, dió vuelta por la esquina próxima y media hora después, dejábase caer desalentada en el canapé de su habitación.

Sus pensamientos se atropellaban y revolvían como las innumerables olas de un mar iritado; volvía á ver como años atrás, sus primeros meses de relaciones con el artista, cuando el amor revolaba sobre ambos con las alas de una esperanza riante; su paulatino despertar del espíritu á las sensaciones del arte, provocado por las apasionadas frases del pintor, que habían hecho al fin un adepto más en el núcleo de los seres artísticos; tornaba á verse oprimida por los brazos de él, cubierta á besos candentes la boca entreabierta por la emoción, abandonada á los transportes de la naturaleza con la deleitosa fruición de los placeres apenas gustados. Más tarde, el sentimiento maternal



levantándose de improviso en su alma hasta superar á todos, inclusive el de la conservación propia y provocando en ella el remordimiento de la falta cometida, inclinándola á sacrificar todo placer y estabilidad por el afán de un nombre que dar al hijo espúreo. Y al pensar en esto, surgía la vulgar figura del comerciante al cual se hallaba unida; recordaba sus frases torpes y trabajosas de individuo burdo y anartista, su palabra melosa hecha para lisonjear sirvientes, y su asombroso candor que le arrojaba confiado en brazos del acaso, sin precauciones ni estudios previos.

Sin embargo, había logrado su designio: su hijo iba á llevar en adelante un apellido. Pero á costa de qué sacrificios! Sólo un desarrollo de voluntad como aquel, efectuado por ella y difícil de repetir, hubiera podido ofrecer semejantes resultados.

No obstante, la voluntad declinaba. Aquella sola presencia del cuadro pintado por Julio mucho tiempo atrás y bien conocido por ella, era suficiente para transportarla al pasado y hacer hundirse en una niebla de desaliento todos sus designios; se veía nuevamente poseída por él, de manera inapelable, como las briznas de paja que caen al arroyo, se detienen un momento, y vuelven á ser arrebatadas por la corriente que las ha hecho suyas. Renacía en su sér el mismo amor de otros días, con sus agitaciones y sus vehemencias, con su colorido peculiar impreso por el espíritu superior del artista, con sus instantes de mística contemplación y sus arrebatos pasionales, y la figura del buen señor Bernal resurgía en la mente con repugnante aspecto de vulgaridad.

En esta lucha reclamaba también su parte la coqueta. Aquella frase *Además de que una belleza tal es inverosímil*, escuchada momentos antes, hacia inclinarse más hacia el pintor, con perjuicio del esposo. Es decir, que se había entregado á un hombre que no sabría apreciar la artística hermosura de su cuerpo, porque no era capaz de semejante idea, mientras que el otro, el que la había idealizado, el que admiraba en ella, poseído de profundos éxtasis, la maravilla de su conjunto, no volvería jamás.....

Rosa creyó necesaria más que nunca una entrevista con el pintor; experimentaba la exigencia de verle y hablarle, para conocer su estado de ánimo; ¡ah, sí! para saber á punto fijo la causa que le había impulsado a mostrar ante el público, aquella pintura íntima, si así puede decirse; y una vez la una frente al otro, le rogaría, se arrastraría á sus pies si era preciso, para hacer que retirase el cuadro.

Embargada por esta idea, Rosa abandonó el canapé, y dirigiéndose al escritorio, escribió.

"Me es de tal modo necesario el verte, que no vacilo ni en usar de este medio, por tí de lograr mis fines; y si no voy á buscarte, es porque estoy segura de que mis pases serían infructuosos, y tú, como otras veces, me cerrarías tu puerta.

"No sé que fibra tocar en tí para ver coronados mis deseos. ¿Recurriré á tu amor? ¿A tu caballerosidad? Vivo en la casa cuyas señas van en la tarjeta que te envío; mañana por la tarde, yo daré una ocupación cualquiera, lejos de casa, á los dos únicos sirvientes que me hacen compañía, y me encontraré en completa libertad para recibirte. Ven sólo un momento, un instante, seguro de que podrás alejarte cuando lo desees"

Agonizaba la tarde del siguiente día á aquel en que Rosa escribió á Julio; sobre el ocaso desplegábase maravillosamente la clámide del astro oculto por los montes lejanos semejantes á un gran mausoleo bañado por una lluvia de brillante polvo de oro; arriba, en el verde desvanecido que formaba el intenso fulgor del Poniente al esfumarse en la bóveda azul, la estrella de la tarde cintilaba, primero con vaguedad, después y poco á poco más brillante, como una lágrima que cayese sobre la falda de una doncella pensativa.

En derredor, sobre el campo, las arboledas distantes ensombrecíanse paulatinamente confundiendo luego con el muro formado por las montañas; aquí y allá los álamos, besados apenas por el viento, volteaban sus hojas blanquecinas semeando fugaces parpadeos; callaban los pájaros refugiados há poco entre las frondas, y, descendiendo del Oriente, la calma y

el silencio iban poco á poco adueñándose del conjunto.

En el interior de la habitación de Rosa y en el medio de ella, hallábase la exmodista ante el pintor, que la contemplaba inalterable, cruzados los brazos sobre el pecho, fijas las miradas en los ojos de ella cuyos párpados parecían haber perdido de pronto su movilidad.

—Y bien—prorrumpió el artista después de un largo mutismo—heme aquí obsequiando tus deseos.

Alzó la joven, por un supremo esfuerzo los ojos hacia él, y tornó á bajarlos murmurando casi imperceptiblemente:

—Ayer... fui á la ciudad..

—¿Y?

—Y.....no pude permanecer por mucho tiempo; mi alma se ha visto profundamente atribulada....

—Continúa.

—Pienso que ha caído sobre mí, algo como la pesadumbre de una maldición.

—¡Bah! Tranquilízate: no será la mía.

—¿Pero es que?.....

—¿Qué?

—¿Que no me aborreces?

—¿Yo? No....

—¡Ah! Entonces será que olvidas mi falta....

—¿Olvidaría? No, es muy difícil

—Esto significa—animándose por grados—que tú me amas aún, puesto que tu memoria se resiste á borrar nuestro pasado; que si caigo á tus pies arrepentido, hallaré una mano que me ayude á levantar, que si las lágrimas me ahogan y corren calcinando mis mejillas, encontraré todavía quien pueda enjugarlas.....

—Si Ese... es tu marido.

—¿Cómo? Es decir que....

—Que según las leyes todas, el adulterio es un crimen.

—Pues bien—exclamó con desgarrador acento la mujer del comerciante—yo seré una mujer criminal; aceptaré la maldición de mi marido, el desprecio de todos; más tú ¡arrojáiás también sobre mí la humillación?

—¿Y no la has arrojado ya antes sobre mí? ¿No has hecho triunfar una vez más al *burgués*? ¿Acaso te figuraste algún día, que un paso semejante iba á hallar más ó menos tarde la disculpa?

—La disculpa, no; pero....

—¿Qué más necesitas? Alcanzaste por fin lo que tanto deseabas y no tienes razón de quejarte; eres ya al cabo una honrada y respetable señora.... ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal! Honrada y respetable! ¡Pobres *burgueses*, opulentos de oro y mendicantes de sentido!....

—¡Escúchame, ten presente!....

—No, no. Es inútil sé todo lo que vas á decirme y te ahorro el trabajo de hacerlo. Eres feliz.... Sigue del mismo modo.

El pintor dirigióse á la puerta, la abrió, cerrándola después tras de sí, llegó hasta la verja de la entrada,



y siguió por la carretera, alejándose en dirección de la ciudad.

Sobre el azul del cielo, la noche había extendido su sombra como un manto flordelisado.

Quando el señor Bernal regresó á casa, una vez finalizadas las labores del día, salió un criado á recibirle, con la consternación pintada en el semblante.

—¿Y la señora?—interrogó prescintiendo la proximidad de un infortunio.

—No entre usted, señor, le ha sucedido una desgracia.

Entró á pesar de todo. En la alcoba, sobre el canapé hallábase inanimada Rosa, manchadas las ropas por la sangre de una ancha herida abierta en el pecho. La muerte había pasado sobre ella crispándole las manos, contrayendo su boca y abandonándola al fin en la dolorosa actitud del perpetuo descanso.

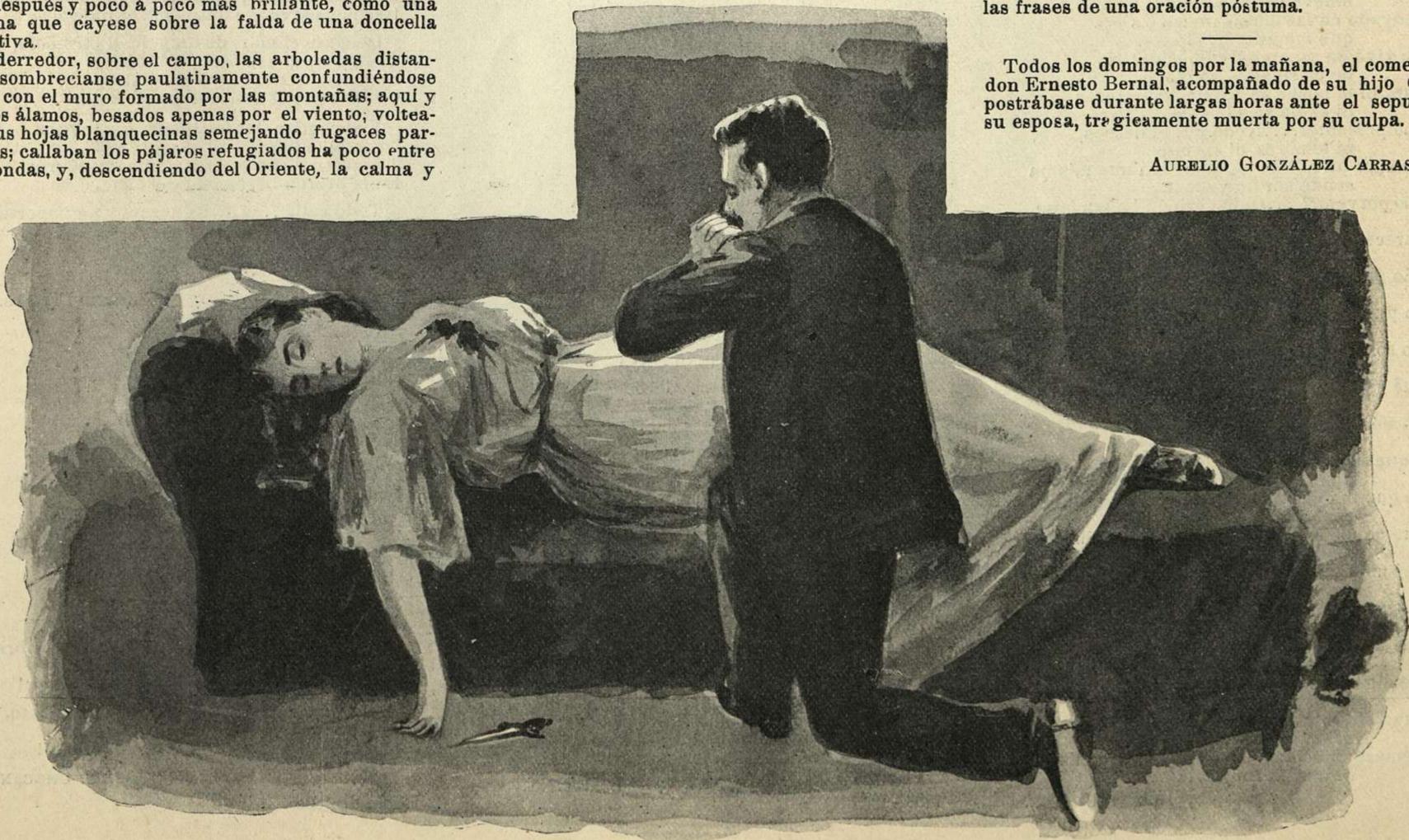
El viudo había caído de rodillas ante la muerta, como un árbol derribado por el huracán, pronunciando frases inconexas y entrecortado el aliento por los sollozos.

...."Y todo había sucedido por su culpa; si él hubiese temido, como debía, la venganza y el aislamiento. Si por lo menos hubiese procurado para él la compañía de seres adictos y cuidadosos.... Pero allí ¡claro! en la soledad, sin oportunos auxilios.... una mujer sola durante todo el día, expuesta á los ataques del primer fascineroso"....

Sobre la cuna arrimada al lecho, el niño despertó de pronto, dejando oír un leve vagido. Incorporose el viudo dirigiéndose á la cuna, tomóle en brazos, mecéndole cariñosamente como un tierno padre arrullaría al vástago enfermo, y acercándose al canapé, sus labios pronunciaron casi en secreto, algo como las frases de una oración póstuma.

Todos los domingos por la mañana, el comerciante don Ernesto Bernal, acompañado de su hijo Gastón, postrábase durante largas horas ante el sepulcro de su esposa, trágicamente muerta por su culpa.

AURELIO GONZÁLEZ CARRASCO.



TARDE DE OTOÑO.

La luz se vá: la sombra vespertina
Sobre el verde confin vagante rueda;
Y el boyero levanta en la arboleda
Las notas de su música divina.

Muje triste la res; la purpurina
Flor de los ceibos en letargo queda;
Y agitando sus rémiges de seda
El lucezón se cierne en la colina.

Flotan sobre las cumbres los rumores
En que mezclan sus rezos fatigados
Ríos, verduras, árboles y flores.

Y pasan, en las sombras embozados,
Los espectros de todos mis amores
Por todas mis angustias escoltados!

CARLOS ROXLO.

Montevideo: 1898

IDILIO ETERNO.

Ruge el mar y se encrespa y se agiganta;
La luna, ave de luz, prepara el vuelo,
Y en el momento que la faz levanta,
Da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira
Tempestades y sube y baja y crece,
Al sentir aquel ósculo, suspira.....
Y en su cárcel de rocas.....se extremecel

Hace siglos de siglos que de lejos
Tienden de amor en noches estivales;
Ella le da sus lípidos reflejos,
El ofrece sus perlas y corales!

Con orgullo se expresan sus amores
Estos viejos amantes afligidos:
Ella le dice: "¡te amo!" en sus fulgores,
Y él responde: "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
Y el mar la arrulla con su eterno grito,
Y le cuenta su afán y su amargura
Con una voz que truena en lo infinito!

Ella pálida y triste lo oye y sube
Por el espacio en que su luz desploma,
Y velando la faz tras de la nube,
Le oculta el duelo que á su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible
Que el mar la copia en su convulso seno,
Y se contempla en el cristal movable
Del monstruo azul en que retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría,
Le grita el mar: "¡en tu fulgor me abraso!
No descieras tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor... detén el paso!.....

Un instante!... mitiga mi amargura
Ya que en tu lumbre sideral me banas;
No te alejes!... ¿No ves tu imagen pura
Brillar en el azul de mis entrañas?"

Y ella exclama en su loco desvario:
"Por doquiera la muerte me circunda!
Detenerme no puedo, monstruo mío!
Compadece á tu pobre moribunda!....

Mi último beso de pasión te envío:
Mi casto brillo a tu semblante junto!....
Y en las hondas tinieblas del vacío
Hecha cadáver se desploma al punto!

Después el mar, de un polo al otro polo,
Al encrespar sus olas plañideras,
Inmenso, triste, desvando y solo,
Cubre con sus sollozos las riberas!

Y al contemplar los luminosos rastros
De la alba luna en el obscuro velo,
Tiemblan de amor los soñolientos astros
En la profunda soledad del cielo.

Todo calla!.. el mar duerme y no importuna
Con sus gritos salvajes de reproche,
Y sueña que se besa con la luna
En el talame negro de la noche!

JULIO FLORES.

Colombia: 1897

SILENCIO.

Tú sabes que tu ideal es prematuro:
tú sabes que no es tiempo todavía
de que darrame el suspirado día
Luz de justicia sobre el antro obscuro.

Si el porvenir es sordo á tu conjuro,
si es inútil tu afán en la porfía,
calla y contempla con mirada fría
las penumbras inquietas del futuro.....

Canta al sol, cuando el sol bese la cumbre;
pero hoy somido en tí, sella tu boca:
¡y qué rueda á tus pies la machedumbrel!

Más vale ser, guardando el pensamiento,
mudo y firme á la vez como la roca,
que hablador y voluble como el viento!

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima: de 1898.



LA FRAGUA.

(RICHEPIN)

En la fragua que fulgura,
Tarareando machacas
Mi corazón en el yunque,
Con un martillo de plata.

¿Quieres dél para el verdugo
Forjar la tajante espada?
Haz que la lámina templen
Con mis lágrimas por agua.

¿Quieres dél para tu pecho
Una joya delicada?
Busca en el centro: tu imagen
Purpurina allí se halla.

¿Quieres de él sacar clavos?
Pues toma, por sí los labras,
De modelos tus caprichos
O mis sospechas airadas.

¿Quieres combarlo en esfera?
Pues á tu seno lo adapta.....
Mas en tu afán asesino
Lo golpeas para nada.

Sólo quieres distraerte,
Y pegas, forjas, remachas,
Por ver cómo lo cercenas
Y en el yunque se desgasta.

Y ríes como una loca
Cuando el fuego que se escapa
Del rojo bloque vencido
Bajo el martillo que salta,

Deslumbrador estallando
Siembra de estrellas la fragua
Y sus chispazos de sangre
Se extinguen en su garganta.

BALBINO DÁVALOS

México, 27 de Julio, 1898.

LA CAPILLA.

Sola y abandonada la capilla,
destrozados presenta sus altares,
cual los raudos bajeles, que los mares
empujan iracundos á la orilla.....

Allí para rezar, no se arroñilla
la gente de los próximos lugares,
quedándose el domingo en sus hogares
con la mano apoyada en la mejilla.

Al pié del preguntón confesonario
hallé una larga epístola amorosa
con esta firma nada más:—Rosario.

¡Y en aquella capilla silenciosa
pensé que del rincón más solitario
hace su Edén una mujer hermosa!.....

B BYRNE.

1898—Inédita.—

Viejos romanticismos.

INTIMA.

Qué cansancio!.....Ni gozo ni padezco;
entre el hoy y el mañana,
siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida.

Yo camino al azar; sin rumbo fijo
muevo la débil planta,
apoyado en las musas invisibles
que me guían calladas.

Yo vivo en un crepúsculo siniestro,
de claridades vagas,
pues ni la noche se desata en sombras
ni el día se adelanta.

¿Lo presente?... Ni dudas, ni deseos,
ni temores, ni ansias;
siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida.

¿Lo porvenir?... Quién sabe! El abandono,
las tinieblas, la nada;
parece que la mano del destino
de impulsarme se cansa.

¿Lo pasado?... No puedo hacer el viaje,
si mi abatida alma
no puede volver á lo pasado
porque le faltan alas.

Yo sólo sé que tuve de la vida
las corrientes en calma,
que vino la tormenta, subió el cieno
y ennegreció las aguas.

Yo sólo sé que tuve sueños de oro
entre visiones blancas,
y que sentí las tristes alegrías
de los seres que aman.

Sé que todo ha pasado; el dulce instante
como la hora amarga;
que no me empapo en el horror sublime
de las escenas trágicas;

que no se acerca una mujer hermosa
para decirme: ¡canta!
que ya no me parece la existencia
ni leve ni pesada;

que si en el libro de la vida leo,
Gloria, Amor, Esperanza,
me digo como Hamlet el sombrío
¡Bah! palabras, palabras.....

que veo sin placeres, sin dolores,
ni sonrisas, ni lágrimas,
siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida.....

LUIS G. URBINA.

PAGINAS DE LA MODA



Fig. 1.—Capa de la estación.

Fig. 2.—Jacquette elegante.



Fig. 3.—Toilette sastre

Fig. 4.—Toilette novedad

ELLAS Y NOSOTROS

CÓMO QUIERE USTED Á SU FUTURO?

Interrogada una seicrita norte-americana en un concurso abierto sobre este tema por un periódico de los Estados Unidos, contestó:

—Joven soy. padres tengo; si he pensado alguna vez ó si he de pensar en el matrimonio. he aquí las condiciones que yo exigiría para entregar á un hombre mi porvenir que hoy corresponde á mis padres.

- 1.º Que sea buen hijo. Pocas veces podrá ser buen esposo el que llenó de amargura el corazón de sus padres
- 2.º Más lo deseo con oficio que con mucho dinero, preferiría un artesano honrado á un hombre de letras; un hacendado digno a un capitalista que ame más á su capital que á sus hijos
- 3.º Abomino del mismo modo la esclavitud absoluta y la considerada independencía. Se que mi esposo reemplazará á mis padres, y así como he de amarlos con todo mi corazón, él me amará con un amor puro y constante.



Fig. 5.—Fichú y mantilla muy elegantes.

4.º Quiero que comprenda mi futuro que la generalidad de las mujeres más apreciamos ser amadas en la pobreza que olvidadas en la opulencia; que lo bastan las blondas, encajes, oro y diamantes, para llenar nuestro corazón. En tal virtud, no admitiré que mi marido halle más encanto entre sus amigos que á mi lado, salvo que sea tan tonta que no pueda hacerle agradable la velada en casa.

5.º Tendrá razón en exigir que él sea mi primer amor; yo me contentaré con que yo sea el último amor de mi marido.

6.º No lo quiero ni tacaño, ni pródigo, ni viejo, ni demasiado joven; ni enfermo porque no quiero ser hermana de caridad; ni egoísta, desengañado del mundo, misántropo, ni sencillo hasta la estulticia, ni tan sabio que me olvide por amor á la ciencia ó a los abultados infolios.

7.º No ganará mi mano, aunque valga muy poco, quien en estilo romántico me llamaré diosa, flor, querubín, ensueño. Así como no comprendo que alguno se prenda de mi por cuanto medianamente, no comprendería que, por el hecho de ser buen pintor, literato de fama me embarcara llevando por guía á un piloto que no entiende cómo se maneja la nave.

NOTA.— Soy hija única, de padres ni pobres ni ricos. No tengo parientes inmediatos. He recibido una mediana educación, no me desmayo, no padezco de los nervios: no tengo miedo á los ratones, ni soy alta ni baja, más bien morena que blanca; cuento veinte años, no leo novelas, yo coso mis vestidos, lavo cuando hay necesidad, sé barrer la casa y remendar ropa; tengo pocas amigas y ningún amigo. No me da vergüenza confesar que pienso en el matrimonio, porque no comprendo que no busque los medios legítimos quien busque un buen fin. Tiene suficiente el señor redactor.

EVA SINADAN.



Fig. 6—Jacquette nuevo estilo.

ESTUDIOS FISONOMICOS.

Un sabio germánico, ha escrito un libro en tres tomos y lo ha dado á la estampa con el siguiente título: *La boca y la barba femeninas.—Arte de conocer el carácter de nuestras hermanas y de nuestras esposas, según las referidas partes del rostro.*

Para ese viaje no necesitamos alforjas. Por de contado, sobra 1.º de la barba. Ya se sabe que "por la boca muere el pez," y lo mismo ocurre con las mujeres.

En fin, para los que deseen aplicar el novísimo arte.

A sus esposas... futuras, y á sus hermanas.....políticas, ahí van tres casos insertos en la mencionada obrita.

Barba redonda, fina, con oyuelo—Retrato de su poseedora: débil de carácter, aficionada al placer y á las golosinas. Amiga de la música y del baile. Mujer poco casera. Buen corazón; servicial para sus amigos, pero caprichosa y fácilmente descontentadiza.

Barba menudita, muy movable y un poco saliente—Carácter enérgico, pero tornadizo. Predominio de la imaginación sobre la sensibilidad. Deseo de aparentar Afición á las vanidades del mundo, que no la satisfacen. Mezcla de sentimentalismo y de sentido práctico. Caprichos, celos. Hará desgraciados á cuantos la rodean; pero satisfará las miras de un marido ambicioso, por su coquetería y por su arte de figurar en un salón.

Boca pequeña, de labios ligeramente carnosos, el superior algo saliente—Pudor exagerado, corazón indiferente, sombrío. Moderación en los sentimientos. Naturaleza tranquila y reflexiva. Orgullo, ambición disimulada, egoísmo, etc., etc.

Entre los innumerables ejemplares que presenta el libro de referencia, no hay uno sólo en que las buenas cualidades no anden mezcladas con insoportables defectos.

No se puede, por lo tanto, acusar al autor de haber mendigado las simpatías del bello sexo.

¿Qué es la mujer?

"Geográficamente" considerada, es una catarata, que como la del Niágara nos asusta y nos atrae al contemplarla.

"Astronómicamente" es un astro encantador, rodeado como Saturno, de un anillo de oro que gira en una órbita muy limitada.

"Físicamente" es un término metálico que se dilata al calor del orgullo ó vanidad.

"Políticamente" es el Poder Legislativo que se impone al Ejecutivo, y el partido constante de oposición.



Fig 7—Trajes para niñas de 12 á 14 años y de 6 á 8.

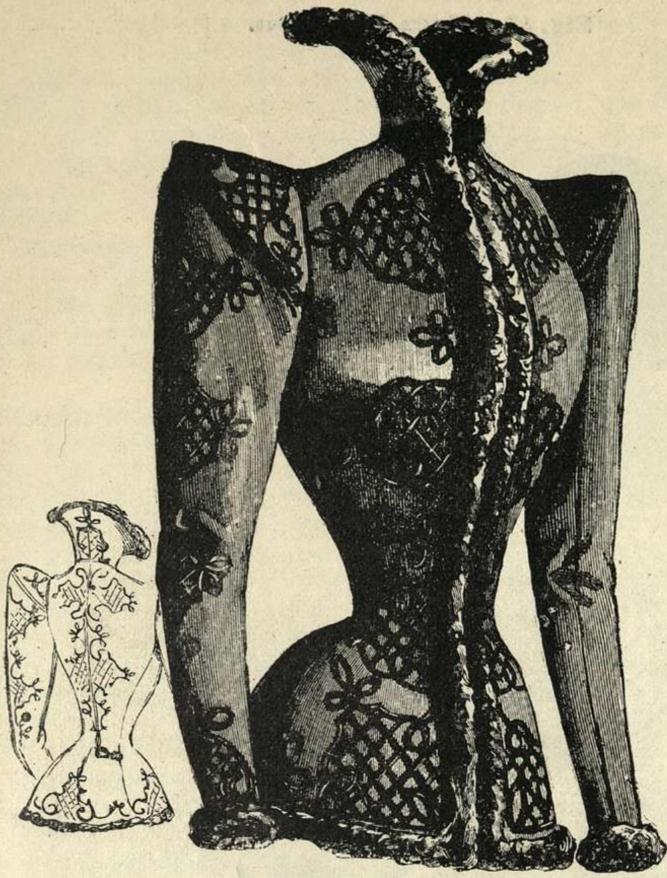


Fig. 8 - Jacquette Duquesa.

NOTAS UTILES

EL CALDO.

En ciertos países la cuestión del caldo es sumamente grave bajo el punto de vista social, pues el consumo de ese líquido constituye el alimento principal de las clases pobres. En Francia por ejemplo, no sólo es preocupación constante en las familias de obreros el modo más económico de preparar el "pot au feu" ó de saber dónde se vende el de buena calidad, sino que hasta los gobernantes han tenido empeño en proporcionar buen caldo á los pobres. Enrique IV y Napoleón III que como todos los déspotas echaban de vez en cuando de socialistas, tomaron medidas para que los necesitados recibiesen sopas bien preparadas. Enrique IV solía decir que sólo se consideraría feliz el día que en cada casa francesa se hiciera caldo con gallina ("la poule au pot") Napoleón III organizó establecimientos especiales de caldo y apoyó eficazmente la creación de las tiendas llamadas «Bouillons», fundadas por el carnicero Duval, en donde por ínfimo precio, se tomaba ese líquido en lujosos salones y servido por jóvenes amables y bonitas. "Útil dulce"

A pesar de todas estas medidas aún abundan en París los bodegones donde se vende á los obreros una especie de agua sucia preparada con huesos y toda clase de yerbas. En esos establecimientos, para que el caldo parezca fuerte, se hacen "ojos" echando buches de aceite sobre la superficie del líquido á fin de que éste parezca grasoso y nutritivo.

Es un error, sin embargo creer que para obtener buen caldo basta emplear carne de primera calidad, pues si bien algunas veces la mala carne es causa de que el líquido sea desagradable, sucede á menudo que el mal gusto y el aspecto repugnante del líquido se deben á la inhabilidad del preparador. Sólo así se comprende que en muchos hoteles y "restaurants" buenos se sirva al público sopa con caldo poco apetitoso, mientras que en los hospitales de París toman los enfermos un buen "consomé" preparado artísticamente con muy poca carne.

Para obtener buen caldo con carne de vaca ó de caballo (ésta última es tan buena como la primera) es preciso que el agua esté en proporción con la cantidad de carne: así, para una libra de carne se necesita que sólo haya dos litros de líquido. Nunca debe calentarse el agua antes de la carne, sino sumergirse ésta en agua fría, la cual se calienta á fuego lento, y reemplazando la que se consume con igual cantidad de agua tibia. Si el líquido hierve es indispensable disminuir el fuego, pues la carne se cocerá entonces y no proporcionaría en la ebullición la osmazoma y la gelatina, sin las cuales el caldo no es bueno. Sólo cuando el líquido comienza á hervir se debe quitar la espuma que se forma y se concentra sobre la superficie y nada más entonces es cuando se pone sal al caldo, pues antes produciría sobre la carne el mismo efecto que la ebullición prematura.

El sabio químico Liebig, que no desdenó ocuparse de cuestiones de cocina, imaginó un medio de preparar un excelente caldo. Consiste éste en no emplear sino filete de carne, desprovisto de tendones y aponeurosis, y reducido á picadillo muy fino. Este se pone en agua fría y se coce lentamente hasta la ebullición; entonces se quita la espuma y se sala, no sólo con sal común (cloruro de sodio) sino también con cloruro de potasio, que Liebig ha encontrado en abundancia en las masas musculares del hombre.

Este proceder de Liebig presenta el inconveniente de que el picadillo de carne no puede utilizarse después como alimento, pues queda reducido al estado de esparto. Téngase sin embargo en cuenta, que aún haciendo el caldo con postas de vaca para que el líquido sea bueno, la carne ha de quedar muy seca y

mala ó viceversa. La vaca cocida es un alimento muy poco nutritivo y desagradable.

Debe también no olvidarse que el caldo no es alimento tan nutritivo y reparador como generalmente se cree: está probado que contiene muy pocos principios alimenticios y que en una taza de café con leche existen mucho más que en una de caldo. No hay tampoco ventaja en cocer la carne en agua para tener seguido dos alimentos, caldo y vaca cocida, pues esta última queda como estropajo si el primero es bueno y viceversa. Más todavía con cuatro libras de carne por ejemplo, sólo queda después de la ebullición una libra de vaca cocida; mientras que la misma cantidad de carne, si se asa proporcionará dos y media libras de asado con todos los principios nutritivos.

El químico Darcet inventó pastillas para hacer caldo, las cuales preparaba con huesos solos, trató á éstos con el ácido hidroclórico, con objeto de separar las materias terrosas y con la gelatina que de los huesos obtenía hacia las pastillas, añadiendo antes al líquido un poco de carne y legumbres. Se ha probado experimentalmente que las tales pastillas no contenían ningún principio alimenticio.

El extracto de carne, preparado por el método de Liebig se ha probado también que es poco nutritivo pues no contiene creatina que es el principio especial de la masa muscular. Tampoco son muy nutritivos el té de vaca ("becitea") tan usado en Inglaterra y los Estados Unidos, ni el extracto de carne común: para el té de vaca se extrae de ésta todo el jugo, mediante un poco de agua á fuego lento y cubierta la carne; para el extracto la vaca en pedacitos se coloca en un frasco á fin de extraer el jugo por el vapor de agua.

La verdad es que el caldo es un alimento poco fuerte y agradable que conviene á los estómagos delicados, especialmente á los enfermos y convalescientes. Los caldos de pollo y ternera

son ligeros, mucho menos nutritivos que el de vaca y se usan con ventaja en los casos de enfermedades inflamatorias; los de tortuga y ranas son por el contrario, fortificantes y convienen en las enfermedades crónicas como la tisis; los de yerba seusan como laxantes. De todos modos, el caldo común es indispensable á los enfermos y convalescientes, satisface en ellos á muchas condiciones, sobre todo, desde que los médicos han renunciado á las dietas rigurosas.

Al indicar el modo mejor de hacer buen caldo no queremos por cierto condenar las sopas de uso en las familias, preparadas menos científicamente, pero que tienen buen aspecto y sabor. Sabido es, por otra parte, que esas sopas no constituyen el único alimento de las clases acomodadas.

RECETAS UTILES

Si se cae tinta en un mueble de caoba ú otra madera fina, la mancha se quita con unas cuantas gotas de espíritu de nitro disueltas en una cucharada de agua. Con un trapo mojado de esta agua se toca la mancha de tinta y se frota con otro trapo mojado en agua sola. Las mesas de caoba se deben limpiar todos los días con un trapo de franela mojado en agua tibia y jabón. Después con otro trapo atado á un palo se les unta con cera derretida y cuando se halla endurecido se frota bien la superficie con un trapo seco. De esta manera las mesas estarán siempre tan brillantes como un espejo.

NUESTROS GRABADOS.

FIGS. 1 Y 2.—CAPA DE ESTACIÓN Y JACQUETTE ELEGANTE.

Es una capa de paño de seda acordonado, redonda, de longitud media, con espigas bordadas y guías finas. Cuello de piel, redondo.

El jacquette es de cheviot gris acero, parejo, acordonado de cintas, con cuello de piel también y solapas de lo mismo.

FIG. 3.—TOILETTE SASTRE.

De cheviot gris acero, formada de jacquette muy ajustado y solapas doblée de piel de seda clara, que se abren sobre un chiffón.

FIG. 4.—TOILETTE NOVEDAD.

De mucha fantasía formado de un cuerpo blusa con plastrón y yockeys, y falda lisa á grandes pliegues.

FIG. 5.—FICHÚ Y MANTILLA MUY ELEGANTES.

De muselina de seda en volantes caprichosos, la primera y la segunda del mismo estilo cayendo en volantes ondulados sobre la cabeza.

FIG. 6.—JACQUETTE NUEVO ESTILO.

Esta jacquette, en paño negro está incrustada de ricos bordados en satín y pasamanería; se distingue por un alto volante en forma.

FIG. 7.—TRAJES PARA NIÑAS DE 12 Á 14 AÑOS Y DE 6 Á 8.

El primero se compone de una jacquette sastrero en cheviot de buena calidad, guarnecida de galones militares con forro de polonesa.

El segundo es un gran abrigo en tartán escocés con una pelerina ornada de un volante en forma y botones fantasía.

FIG. 8.—JACQUETTE DUQUESA.

Jacquette ajustado, en paño oliva bordado de chinchilla. El bordado está hecho de entre-lazos en satín negro, recubriendo en partes la prenda. Manga con yockey muy elegante.

FIG. 9.—JACQUETTE MYLORD.

Se hace en paño azul bordado de bandas en piel de seda negra y cerrada por tres brandeburgos también en piel de seda atados por motivos en pasamanería.

FIGS. 10, 11 Y 12.

Damos bajo estos números tres hermosos modelos para un sombrero y dos tocas de alta novedad, muy en boga. El sombrero es fieltro con una parte de la falda levantada y prendida por una escarapela y las tocas, la "mariposa" sobre todo, de una encantadora fantasía.

FIG. 13.—CAPA ELEGANTE

Está hecha en seda diagonal, á gran bordado de cadena y fórmase de dos grandes empujamientos, el inferior que es una especie de muceta rígida y el segundo de la capa propiamente dicha, redonda, ribeteada de piel y con una elegante capelinita y un cuello de piel también.

FIG. 14.—CASACÓN PARA DAMA.

Estilo sastrero, de cheviot fino, diagonal, con falda redonda y solapa fantasía, bordado de cinta de seda. Mangas ligeramente abullonadas con guardas muy sencillas y elegantes.

FIG. 15.—CAPA PARA SEÑORITA.

De terciopelo bordado, con dos grandes empujamientos superpuestos, á cada lado y cuello redondo muy mullido.

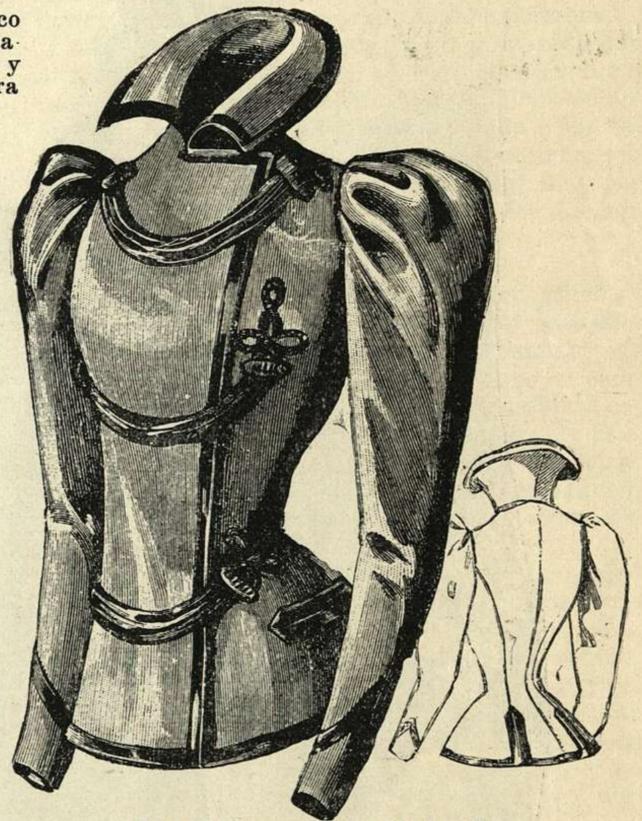


Fig. 9 - Jacquette Mylord.

OPINION DE UN CAPITALISTA EN MEX CO,

Acerca del seguro sobre la vida en "LA MUTUA" De Nueva York.

México, Octubre 3 de 1898.

SR. D. DONATO DE CHAPEAUROUGE,
Director General de la Compañía de Seguros
"LA MUTUA."

PRESENTE.

MUY SEÑOR MÍO:

Me permito acusarle recibo de los seguros por (\$300,000.00) trescientos mil pesos que acabo de tomar en la Compañía que usted representa en esta República, y obsequiando sus deseos de que exponga las razones que he tenido para asegurarme en cantidad tan importante y para preferir el tomarla á "LA MUTUA" a pesar de que mis frecuentes viajes á Europa y Estados Unidos me han dado toda clase de oportunidad para tomar mi seguro en cualquiera de las grandes Compañías del Mundo, con gusto le manifiesto que en mi creencia el seguro sobre la vida toma la forma de una protección, no sólo para mi familia, sino también para mis bienes y negocios que tengo entre manos, los que no quedarán sin fondos con que seguir activándolos si les faltase mi personal dirección.

Respecto á haber elegido "LA MUTUA," mi personal conocimiento de sus inmensos recursos, con los cuales cuenta para cumplir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes atractivos de seguros que ofrece son tales, que á mi juicio no admiten competencia.

En consecuencia le manifiesto que mi intención es aumentar el seguro sobre mi vida en esta Compañía dentro de poco tiempo, y tendré mucho placer en tratar con usted este asunto.

Soy de Ud. afmo. y atto. S. S.

Firmado.— C. Eisenmann.

Fig. 10.—Toqueta Fantasía.

Fig. 11.—Sombrero Tourista.

Fig. 12.—Toca Mariposa.



Fig. 13. Capa elegante.

Fig. 14 - Casacón para dama

Fig. 15.—Capa para señorita.

—Eso no es posible. Ya le diré á usted por qué, María Magdalena.

Ella le vió; observó su frente oscurecida por una sombra y comprendió que estaba sordamente irritado: pero en el estado á que habían llegado las cosas, no creyó conveniente retroceder.

—Explíquese usted desde luego. . . . ¿No? Pues entonces es un capricho de déspota. ¿Deberé someterme?

—De ningún modo! se apresuró á decir la señora de La Palliere. ¡Cómo! ¿Quiere usted acaso convertirse en un tirano? ¡Bah! no impida usted á María Magdalena que se divierta. Vaya usted con sus papelotes y sus expedientes y déjenos en paz.

Roberto dirigió á su mujer tan imperiosa mirada, que éste guardó silencio, no queriendo prolongar delante de extraños la discusión.

Cuando ya todos se habían ido, Roberto dijo de un modo que no daba lugar á réplicas:

—Ya sabe usted que no irá.

—¿Y por qué?

—Porque me desagrada. No quiero que se lance usted en esa sociedad inconveniente, y le ruego que disminuya toda suerte de intimidaciones con los La Palliere y sus amigos que me son muy anárquicos.

María Magdalena no contestó; permaneció en pie junto á una mesita china que servía de sostén á un búcaro de crisantemas, y se entretuvo en destrozarse como al descuido con sus dedos blancos y finos los pétalos de las flores. Así las miradas de Roberto fueron atraídas por sus manos tersas y suaves que tantas veces había besado y cuyo perfume aún conservaba en los labios. Quince días hacía que no la veía á solas, nunca le había parecido tan bella como en este momento, y en un arrebato de pasión le dijo con voz temblorosa:

—Magdalena!

Ella se puso encendida como una amapola, le lanzó una rápida mirada, comprendió lo que pasaba en él, y rápidamente también le vino la idea de que no debía ceder á este enternecimiento pasajero. Avanzó, pues, silenciosa y muda hacia el piano, se sentó y tocó al descuido los primeros compases de un vals.

Roberto desolado y lleno de ira, salió cerrando detrás de él la pueria con estrépito. Y mientras iba con dirección á sus habitaciones, no dejaba de oír el ritmo obstinado de aquella música enojosa. Entonces pensó con amargura en que María Magdalena ya no le amaba, pues si lo amara aún, no se habría portado de esa manera.

Magdalena cesó de tocar. El recuerdo de la mirada suplicante de su esposo le vino á la memoria y sintió que su pecho se oprimía con una dolorosa comoción.

—Pobre Bob! exclamó, y luego una maliciosa sonrisa se dibujó en sus labios.

Luego alzó sus ojos para fijarlos en el espejo que estaba junto al piano y vió allí reflejada su belleza. Tenía los ojos encendidos y unas gotitas transparentes le temblaban en las pestañas.

—Tonta! murmuró con despecho: ya no me ama; si me amara me preferiría á su madre.

Por la tarde, en la mesa, la señora Le Clercq dió la noticia de que había recibido, procedente de Inglaterra, una carta de la señora Charmon, y añadió que le acompañaba varios documentos que estaban escritos en inglés lo mismo que una carta de la señora Egerton, Directora de la Obra del Trabajo para mujeres. La señora Le Clercq habló de esta institución á su hijo largamente, y éste, á quien de seguro interesaba muy poco el asunto, apenas le contestaba con monosílabos, por lo que la conversación casi no fué más que un monólogo lleno de monotonía. Después la señora Le Clercq dijo á su nuera de un modo ceremonioso:

—¿Podría yo esperar de usted que me hiciera un favor?

—Sin duda, señora. ¿Y cuál?

—Traducirme esos papeles, porque ni Roberto ni yo sabemos el inglés.

—Con mucho gusto. Ah! se me olvidaba decir á ustedes que yo también recibí una carta. Es de Lucía Hartley que me invita á pasar unos días en Tregastel. Le contesté aceptando y pienso partir mañana.

Roberto no veía en esto nada inconveniente, pero la señora Le Clercq pensaba de distinta manera.

—¿Y tomó usted tal resolución sin consultar á nadie? Eso es faltar á las conveniencias.

—No pensé que fuera necesario convocar un consejo de familia para que se me permitiera ir á pasar algunos días con una amiga.

Magdalena y su suegra no cambiaban ya más que frases de ese género. Quince días llevaban ya en esta guerra de guerrillas á cada instante más acerba, porque como sucede inevitablemente, las antipatías se exasperaron por la acumulación de incidentes nacidos de nada y queninguna de las dos combatientes trataba de evitar. Sin embargo, aún no habían tenido explicación alguna sobre las causas de su antagonismo.

Cuando María Magdalena supo por boca de su misma suegra que Roberto había cambiado de ideas y resuelto continuar la vida en común, la joven no dijo nada, ni una palabra que revelara el fondo de su pensamiento, y salió del aposento de la señora Le Clercq, sin contestar, después de un frío saludo. Luego, ni la más leve alusión sobre el asunto y nada más que un cambio radical en su método de vida: en vez de sumisión y amor, una independencia absoluta en sus acciones.

Después de la comida, la señora Le Clercq recojió los documentos que quería le tradujera María Magdalena y resolvió al encontrarse con este pretexto á solas con ella, hablarle y provocar bien una explosión de cólera ó bien un arrebato de enternecimiento.

No era posible que la vida continuara así, porque ya semejante situación era pensada para todos y si María Magdalena calculó que no pudiendo partir en buena armonía iba á conseguir que la hicieran irse, estaba en lo real. La antigua tranquilidad de la existencia de familia había cambiado de tal manera, que cada reunión acababa siempre por convertirse en un torneo de réplicas desagradables en el que cada cual se esforzaba por herir sin piedad á su adversario.

María Magdalena estaba en su habitación revolviendo cajones y preparando maletas para su proyectado viaje á Tregastel, cuando entró la señora Le Clercq.

Esta nueva demostración de independencia se hizo muy sensible para la vieja que venía con intenciones conciliadoras, quería hablar dulcemente y ver si podía aplacar con buenas palabras la rebelión de su nuera. Profunda amargura surgió en remplazo de aquellos sentimientos y dijo á María Magdalena con altivez y rudeza:

—Quisiera estar á solas con usted.

Con una señal, María Magdalena hizo salir á Estela que la ayudaba en sus preparativos, adelantó un sillón que ofreció á su visita, se sentó ella también y dijo:

—¿Es para la traducción, no es así? Deme usted: le leeré desde luego esos documentos y después si le parece escribiré la traducción.

Había una carta de la señora Egerton, carta muy amable que enterneció á la señora Le Clercq, porque le hablaba con vivo encomio de sus bondades y le tocaba la cuerda más sensible: el orgullo. Evidentemente la señora Charmon había pintado á su amiga con los colores más favorables, pues solo se trataba en todo el escrito de la generosidad de la señora Le Clercq, presidenta y benefactora de tantas obras de caridad.

Con una elocuencia un poco enfática, entremezclada de sentencias bíblicas, la señora Egerton felicitaba á su colega por todos los beneficios que había hecho y seguía haciendo y trataba de interesarla en favor de la Asociación internacional para proporcionar trabajo á las mujeres. Bajo sus auspicios esta Asociación ya poderosa y que tenía en Holanda, Rusia y Alemania numerosas sucursales, no podría dejar de producir en Francia brillantes resultados.

Se tenía ante todo necesidad de dinero y auxilios de toda especie, por que á la asistencia para el trabajo debía reunirse una obra de beneficencia pura, fundando casas de salud para asilar á las desgraciadas debilitadas por enfermedades y privaciones para que se recobraran antes de emprender de nuevo la lucha por la vida.

El clima de Inglaterra era húmedo y frío y en Francia era donde convenían esos asilos. ¿Estaría la señora Le Clercq, preguntaba la carta, en disposición de aceptar la presidencia del Comité Central Francés que formaría ella misma y empezaría por ocuparse de la propaganda? Tan pronto como se abriera el primer hospicio se le daría su Dirección, superior y bajo su autoridad se pondrían todas las sucursales que se llegaran á establecer en las demás ciudades de Francia. Había una presidenta para Inglaterra, una para Rusia, una para Alemania y Holanda que formaban el

Consejo Supremo de la institución, al cual era una distinción muy señalada el que se llamara á otra persona para integrarlo.

El orgullo de la señora Le Clercq quedó sumamente halagado con la lectura de esta carta. Toda esa gerarquía administrativa llamándola á una cima desde donde se la ponía á flotar sobre las miserias del mundo como un ser benéfico que reparte los socorros y tiene el poder de aliviar las penas, exaltó su imaginación.

¿Qué eran esas minúsculas cofradías caritativas de Montpazier, junto á empresa semejante que contaba entre sus miembros activos ó protectores á las más altas personalidades Europea y como presidenta honoraria, á la reina de Inglaterra?

La señora Le Clercq permaneció pensativa por unos momentos, no por vacilación para aceptar el puesto que se la proponía, sino ideando la manera de dar mayor realce y las funciones respectivas. Una *postdata* añadida á los Estatutos, de puño y letra de la señora Egerton, decía que Su Magestad, la Reina, había concedido á las Presidentas generales extranjeras el derecho de ser presentadas á la Corte de Saint James cuando fueran á Londres.

Terminada la lectura, Magdalena calló y se puso á analizar la fisonomía de su suegra transfigurada por un deslumbramiento de vanidad. La señora Le Clercq se rebizo muy pronto y vió á Magdalena, y le dirigió una sonrisa, pues la satisfacción recibida apaciguaba un tanto sus iras y rencores dando paso á la acostumbrada mansedumbre.

—Y bien, amiga mía, ¿vá usted comprendiendo al fin el interés que llegan á presentar las instituciones de caridad? ¿además de la dicha de hacer el bien, no ve usted que aún viendo á los benefactores bajo el punto de vista mundano, puramente mundano, quedan colocados muy por encima de las personillas descabezadas que son del agrado de usted?

María Magdalena no contestó.

—Vamos, añadió la señora Le Clercq, usted es inteligente para no reconocer un error pasajero. Si encuentra usted algo enojosas las ocupaciones que quiero que acepte, ya ve usted que en cambio tienen sus halagos. Pagada de su nobleza como lo está usted, apreciará, estoy segura, la honra que producen las distinciones de una reina. Si quiere usted ser mi colaboradora actualmente, le ofrezco que me sucederá luego en todos mis puestos y dignidades.

Pues bien; esta tentadora perspectiva no logró seducir á María Magdalena que tenía otras ideas sobre la felicidad.

—Agradezco á usted mucho todo eso, señora, le dijo, pero no me siento con vocación para el caso. Hacer el bien, sí, cuando se me presente la ocasión, pero no consagrándome á él de un modo oficial, profesional y cotidiano. No: no ambiciono suceder á usted en sus cargos y dignidades.

La señora Le Clercq, decepcionada, dió señales de impaciencia.

—Oigame usted, María Magdalena. Por primera vez desde hace quince días nos encontramos solas y podemos hablarnos con franqueza. ¿Qué significa la actitud que ha tomado usted? ¿Adonde piensa usted llegar con esta afectación de arrogancia tan penosa para todos nosotros? ¿Nuestro modo de vivir no es del agrado de usted? Esto es enojoso pero confesaré usted que hemos hecho todo lo posible por hacérselo dulce. Como un niño, se revela usted contra lo inevitable. . . . sin reflexionar en que esto no la conducirá más que á cansar á su marido. No hablo de mí, y eso que sin embargo tengo derecho á cierta deferencia.

María Magdalena replicó de la manera más cortés:

—Puesto que solicita usted una explicación, se la daré. Mi contrariedad viene de que se me obliga á permanecer, á pesar mío, en casa de la madre de mi marido, pues me creo con derecho de poseer un hogar mío en el que yo sea la única ama, y juzgo á Roberto digno de reproche, porque no ha tenido valor para hacer lo que es necesario y justo.

La señora Le Clercq quiso contestar, pero María Magdalena con un ademán la detuvo, y continuó:

—En cuanto á lo que usted llama una afectación de arrogancia es sencillamente una actitud de protesta. Yo estoy aquí constreñida y forzada. Sea! Usted tendrá mi persona, pero nada más: ni sumisión ni nulificación.



Al oír tan atrevida manifestación, la señora Le Clercq se levantó:

—Usted olvida muy á menudo con quién habla! le dijo.

—No lo creo, señora: mis palabras son correctas. Usted me pidió que dijera la verdad, y se la dije:

—Usted tiene una gratitud muy olvidadiza, y en consecuencia todo cuanto puede hacerse para manifestarle afecto, no consigue conquistar el de usted.

María Magdalena enrojció de cólera; pero replicó con el mismo tono de amable cortesía:

—Señora: yo siento hacia usted mucho afecto y mucha gratitud, pero la amistad de usted es demasiado dura para que pueda sufrirse y todas las graciosas concesiones que me ha hecho usted las he pagado caras, pero muy caras. Hay más: desde hace algún tiempo se me reprochan con tan reiterada frecuencia, que ya no puedo más que lamentarme de haberlas recibido.

Esto era ya más de lo humanamente soportable, y la señora Le Clercq perdió la paciencia. Nunca había examinado los sentimientos de su

nueva sobre este particular y al descubrirlos dijo subiendo de tono.

—Bien. Usted tiene una manera muy elástica de agradecer la agena estimación! Pero ¿quiere usted decirme cuáles son sus propósitos al adoptar un plan de conducta que produce la guerra entre nosotras dos? No se imagine usted que Roberto pueda ceder, pues tiene una firmeza de carácter que usted ni siquiera sospecha y por un capricho pueril no faltará á sus deberes y á su dignidad. Por otra parte, ¡piénselo usted bien! Aún cuando cediera ¿no comprende usted que habría motivos poderosos para que lo lamentara en seguida y que la haría á usted responsable de sus tristezas y de sus necesidades? La victoria de usted sería desastrosa. No hay que fatigarse en luchar. Está usted como en un presidio, y sus insubordinaciones no sirven más que para producir disgusto general.

—Lo siento profundamente, señora. Pero, ¿me permitiría usted preguntarle por qué causa se obstina en guardarnos en esta casa?

—Pues porque me es grato tenerlos conmigo; porque los amo á los dos y eso lo sabe usted muy

bien. Luego, que yo quería proporcionarles todos los medios de una vida cómoda y feliz que sin mí no podrían tener, y ¿si viera usted? hasta me figuraba que usted se resignaría buenamente á tolerar las... manías de una pobre vieja que acaso es comunmente enojosa, pero que ha probado á ustedes de mil maneras su ternura.

—Es verdad. Pero usted me hará la justicia de reconocer que he hecho todo lo posible para resignarme, no á sufrir manías que usted no las tiene, sino su voluntad de hierro. Solamente me empecé á rebelar cuando me convencí de que la bondad de usted para conmigo se cambiaba en una dominación que me reduciría á la nada. He querido tener algo, aunque fuera poca cosa, de autonomía, recibí á mis amigas, poseer á mi marido yo y sola yo, y usted me ha dado mate en todo, se ha opuesto á todas mis deseos é inclinaciones y no solo ha hecho eso sino que hasta ha querido imponerme los suyos y sus hábitos y ocupaciones.

Al mismo tiempo que me separaba usted de la para mí grata compañía de Lucía Hartley, me sentenciaba usted á la de media docena de ancianas histéricas y enojosas y condenaba usted las horas de mi juventud á consumirse en un cargo del orfanatorio. La cadena era ya muy pesada y me cansó. Comprendí que era necesario rehacerme porque si no en poco tiempo se me haría llegar á la categoría de una subalterna sin voluntad ni iniciativa, ni inteligencia, á quien se colmaría de presentes pero se la obligaría en cambio á obedecer de una manera pasiva y mecánica. ¿Qué estoy en un presidio dice usted? No. Yo no espero hacer ceder á Roberto porque no es de él de quien depende nuestra dicha futura, sino á usted. He pensado que usted comprenderá al fin que no se guarda á las personas á pesar suyo... y dígamele usted con franqueza ¿halla usted placer en haberse convencido de que las dos vivimos en perpetuo pié de guerra? Roberto sufre, yo también y este espectáculo le debe ser á usted penoso.

La señora Le Clercq repuso secamente:

—No veo en que podría yo intervenir. Cuando mi hijo me habló de separación, inmediatamente consentí en todo y más aún, ofrecí que sería yo la que me separara. Creo que no podía llevar más adelante mi abnegación.

—¡Oh! diplomacia, y no más que diplomacia, dijo Magdalena en tono incisivo.

La vieja enrojció de cólera y perdiendo todo dominio sobre sí misma dijo:

—Usted me falta, señora! usted no tiene derecho de sospechar de mi sinceridad. Cuando ofrecí este sacrificio estaba resuelta á cumplirlo; y tanto es así, que se lo renuevo á usted ahora.

—Decidida á cumplir, sí, pero en la seguridad de que Roberto no aceptará.

María Magdalena dijo esto con su misma voz dulce y tranquila, y sin embargo lamentó la crueldad de la frase porque hería precisamente en el repliegue más oculto de la conciencia de su suegra; vió que la había lastimado muy dolorosamente y se sintió apenada y confusa. Luego añadió:

—Roberto no aceptará... ni yo tampoco, pues

encontraría soberanamente injusto gozar de un lujo y de una fortuna que son de usted. Yo no he pretendido nunca otra cosa que un hogar modesto, pero mío, donde mi marido y mi persona me pertenezcan en absoluto. Esto es tan sencillo! Alrededor de nosotros estamos viendo que así se acostumbra y nadie se admirará de que una joven tenga ideas de independencia. . . . tan moderadas. Vamos, señora, reflexiónelo usted bien, sea buena, . . . como lo es usted siempre, pero no sólo á su propio gusto sino también al nuestro. Yo daría todo el lujo del mundo por algo, aunque fuera muy poco de libertad. Y dígame usted por último ¿después de explicaciones de esta clase podríamos permanecer bien usted y yo en la intimidad diaria que se impone cuando se vive bajo un mismo techo?

La señora Le Clercq oyó estas palabras con el corazón cerrado: nada podía conmovérla después de la profunda y dolorosa herida que había recibido: y fijando en María Magdalena una mirada glacial, le dijo.

—Señora: sostengo lo que acabo de ofrecer. Tengo el orgullo de mi nombre como usted tiene el del suyo y no quiero que en esta ciudad sea visto un Le Clercq necesitado y decaído de su rango. Es formal mi proposición de retirarme del lado de ustedes. A usted le toca conseguir de su marido que acepte mi proposición.

—No tema usted nada, señora, ni siquiera lo intentaré.

Con un ademán de ira la señora Le Clercq empujó un sillón que se hallaba á su paso y olvidando toda conveniencia, dijo á media voz y con concentrado furor.

—¡Una mujer que mi hijo tomó pobre y miserable y que en vez de considerarse feliz mete la zizaña entre nosotros!

María Magdalena se acordó á tiempo de que era de Bois Saint Marcel y de que corría sangre noble por sus venas. Irguiéndose pues, apareció imponente á pesar de su cuerpecito gracioso y delicado y dijo:

—Nuestra conversación ha tomado un giro lamentable hasta tal punto, que no queriendo suplicar á usted salga de aquí, soy yo la que me retiro.

Y la pequeña Mag, convertida de repente en gran señora, abrumando á la otra desde la altura de su nacimiento y de su educación, hizo una ceremoniosa reverencia de corte y salió de su propio departamento, dejando allí á su suegra en un estado de irritación y de confusión imposible de describirse.

Hacia ya dos semanas que María Magdalena se hallaba en Tregastel. Lucía la había acogido con una buena voluntad tan amistosa, que se encontraba como en su propia casa en aquella casa de ladrillos edificada como nido de golondrinas en el agujero de una roca. Los primeros días fueron para ella de verdadero reposo: un alto delicioso en el camino de tristezas y disgustos que venía atravesando desde meses anteriores. Nada de desdenes, ni de entrecejos fruncidos, ni de caras hoscas: sólo afectos y simpatías.

Lucía tenía en el más alto grado la serenidad alegre de las gentes sanas de cuerpo y de espíritu, y estaba en la convicción de que por medio de halagos era necesario devolver la calma á esta alma transtornada por una crisis violenta cuyo desenlace no se vislumbraba todavía. Magdalena le refirió los incidentes ocurridos en los últimos días desde que se separaron las dos amigas hasta que se volvieron á ver, y su partida muy triste cuando la realizó.

Roberto no la acompañó á la estación. Un frío apretón de mano, un adiós breve y seco en el dintel de la puerta de su gabinete de trabajo, y eso fué todo. Ni un recuerdo para la señorita Hartley, ni una indicación afectuosa para que le escribiera, ni una promesa de ir más tarde á reunirse. Evidentemente la madre le había dado noticias de la última reyerta y esto había agriado su resentimiento contra la joven. Su actitud había sido pues, glacial. ¿Que Magdalena había querido aislarse? Bien, quedaría aislada y mucho más tal vez de lo que ella había sospechado.

La verdad es que María Magdalena sintió una profunda tristeza viéndose en la estación sin que su marido se hubiera dignado acompañarla, y tuvo una tan dolorosa sensación de abandono y de soledad, que le fué necesario hacer un esfuerzo supremo para no derramar abundantes lágrimas.

Para que se acentuara más su malestar tuvo el disgusto, en el momento de instalarse en el tren, de ver á los esposos La Palliere que se dirigían á su proyectada excursión campestre en unión de numerosos amigos; todos la rodearon y le preguntaron por Roberto, dónde estaba y por qué causa no había venido á despedir á su encantadora mujercita. Todo esto, aunque preguntado con volubilidad, era una prueba clara de que su ausencia causaba sorpresa y provocaba comentarios, lo cual hirió duramente á María Magdalena en su orgullo y en su amor.

Cuando ya en marcha el tren se encontró sola en el wagón lloró como un niño, con el corazón henchido de una tristeza espantosa y sintiendo un doloroso desgarramiento al alejarse de esta ciudad donde quedaban sus disgustos y en la que había sufrido tanto. María Magdalena no había hecho á su amiga la confidencia de todas estas invidias, manteniéndose en reserva sobre aquello que más profundamente la lastimó.

Si ella que algunos días antes había querido y provocado una ruptura absoluta, estaba conser-nada al ver que Roberto aceptaba de plano la situación. Creyó que á la hora de la partida el amor sublevándose en el corazón de este hombre de hierro le produciría un enternecimiento, pero nada. Se transformó en una estatua y aceptó el papel que se le imponía, sin que esto fuera causa de que se contrajera un solo músculo de su cara impasible.

Lejos de su marido, la necesidad de escribirle atormentaba á María Magdalena porque presentía que aquella afección se le escapaba, y como sucede siempre, ante la idea de perderla se le hacía más amable y más preciosa.

A medida que pasaban los días crecía su angustia y aumentaba en su mente la desesperación de no saber qué hacía, si pensaba en ella, si le hacía falta ó si le bastaba para ser feliz la compañía de su madre. Lejos estaba la señorita Hartley de sospechar la verdadera causa de las tristezas de su amiga que suponía ocasionadas solamente por la situación anómala en que se hallaba y por el disgusto que debía causarle el pensamiento de tener que regresar á Montpazier. De todos modos, para hablarle de eso esperaba á que pasaran los primeros efectos del desaliento para ayudarle con su ternura y sus consejos.

Pasados quince días, Lucía dijo á su amiga:

—Mag, acabo de escribir á su esposo suplicándole venga á pasar algunos días con nosotros.

María Magdalena se ruborizó sintiendo que una ola de dicha le inundaba el alma. Luego, pensó de improviso en que Roberto no vendría y en que si se daba el caso de que viniera se encontraría ella en la necesidad de confiar á la señorita Hartley el estado de ruptura completa á que había llegado, ó de reconciliarse para evitar sospechas sin haber obtenido resultado alguno favorable á sus propósitos de independencia. Estas ideas la pusieron melancólica.

—Le escribió usted, pues, sin consultármelo ...!

—Sí: hasta aquí, usted me había confiado solamente todos sus combates con la señora Le Clercq, combates en efecto serios y trascendentales que me pusieron muy al corriente del papel que ha representado la vieja y de la actitud asumida por usted, pero hay en el drama un personaje del cual usted habla muy poco y que sin embargo es el que importa más: su marido de usted. ¿Qué dice, qué piensa, qué hace? Su voluntad es la que debe dar una solución á la crisis; es él quien debe amar á usted lo suficiente para sacarla avante de estas dificultades y á quien debe usted amar lo bastante para soportar muchas cosas.

—¡Más de las que ya he soportado!

—Ya sé, ya sé. . . pero me imagino que entre usted y él debe haber cierta frialdad á causa de que ni uno ni otro han sabido tomar una actitud que salvara las dificultades. El, á mi entender, se encontró entre la espada y la pared no acertando á pronunciarse en favor de su madre ó de su esposa, y usted tal vez no le conservó la ternura necesaria para hacer subsistir por más tiempo la dulzura de carácter que es el principal encanto de usted.

María Magdalena, toda confusa y mortificada, murmuró:

—¡Qué ideas tan extrañas tiene usted! ¿En qué se apoyan sus presunciones?

—En la actitud de los dos. Usted no me ha dicho nada sobre el particular, es verdad, pero su silencio es más elocuente que las más amplias

confidencias. He visto además que desde que está usted aquí no ha enviado una sola carta á Montpazier y que tampoco ha recibido usted cartas de allá. A propósito de esto, pienso, querida amiga, que haría usted bien en escribir á su marido apoyando mi invitación que por sí sola acaso no produzca el apetecido resultado, y yo quiero verlo de todos modos, hablarle, saber lo que piensa. La situación es muy grave, Mag, y mientras más se vaya prolongando se irá haciendo más difícil.

Cien veces María Magdalena había tenido este deseo, pero cierta especie de vergüenza, hija del orgullo la había detenido; y ahora, aunque tenía vivísimos deseos de ver á Roberto se dió el lujo de fingirle la frialdad más grande; en consecuencia le escribió solamente algunas líneas en que le expresaba de un modo muy cortés la conveniencia de que viniera á Tregastel y no desairara la invitación de la señorita Hartley.

Algunos días corrieron todavía sin que llegara la respuesta.

Hacia como una semana que Darlot no se presentaba por la quinta. Uno de aquellos accesos de melancolía á que estaba sujeto, le había obligado á huir de toda sociedad. Partió para excursionar, había dicho, pero en realidad su viaje no tenía más objeto que el de librarse de encontrar á las dos amigas. La dulzura del hogar de la señorita Hartley se había apoderado de todo su ser de tal manera, que en un instante de lucidez el terror lo había invadido y se creyó en la necesidad de ponerse en fuga. ¿Por qué, en efecto, adquirir costumbres de vida íntima con una mujer de espíritu elevado y de talento encantador para hallar luego, cuando ella partiera, más amarga y triste la soledad?

Cuando Darlot observó que se encontraba muy á gusto y como en su propia casa en aquel saloncito, junto á aquella mesa de té, bajo esa lámpara que los había iluminado durante dulcísimas conversaciones, se dijo para su conciencia con secreto espanto, que le había caído la gran desgracia de enamorarse de Lucía Hartley. En verdad esta señorita aunque fuera como era efectivamente, seductora y linda, no sólo por eso era digna de ser amada sino por su inteligencia bien cultivada y su bondad inteligente, la originalidad de sus ideas, lo imprevisto de su conversación y ese sello personalísimo de voluntad tranquila que la hacía diferente de todos los demás.

Lucía presentaba respecto de María Magdalena un verdadero contraste; ésta, graciosa y dulce, con una alegría infantil como cualidad esencial del carácter, y necesitando siempre de protección y de ternura previsora que le alejaran toda suerte de contrariedades; en tanto que Lucía, espíritu vigoroso se bastaba siempre á sí misma, y las tristezas que abrumaban á Mag, á ella la habrían encontrado armada de una firmeza tranquila capaz de triunfar de todo.

René, casi tan sensible como María Magdalena, sentía por la joven inglesa una admiración profunda y una estimación real. Tenía miedo de amarla y se repetía por la millonésima vez que estaba gastado, triste y enfermo del espíritu, y que aún cuando ella consintiera, su deber de hombre honrado era no casarse, no llevarle un corazón infortunado, una alma desalentada y sin ensueños. Pensaba además que Lucía era muy feliz en su actual modo de vivir y que no le convenía ligarse con los lazos de la familia.

Pretextó, pues, una excursión, pero en el camino encontraba sin cesar y por todas partes el recuerdo de la mujer de quien huía. La contemplaba durante todos los minutos de esta ausencia, ya en las arenosas playas sembradas de guijarros, ya en los campos imponentes y melancólicos y se la figuraba atenta á su trabajo, bella y atractiva bajo el abrigo de la sombrilla, en la diáfana y ardiente claridad de la playa.

La recordaba siempre y con cualquier motivo. A la hora del té, la veía con los ojos del alma en aquel saloncito donde la había amado tanto, frente á la amplia ventana desde donde se contemplaba el mar, y volvía á admirar sus movimientos graciosos, aunque enérgicos y se pensaba que estaría junto á la mesita esforzándose por consolar á María Magdalena, ó bien en el jardín, á la sombra de alguna peña leyendo á su amiga obras exquisitas que ésta escuchaba con atención hundiéndose en sus tristezas profundas y monótonas.

En todas las enrucijadas del camino, junto á

todas las quintas coronadas por agudas torrecillas que se levantaban á los lados del río, Darlot creía vislumbrar aquellas dos ligeras sombras femeninas, una inclinada, agobiada, como destrozada por el dolor; y la otra erguida y fuerte protegiendo la frágil dulzura de su amiga. Y la obsesión se hizo tan continuada y fué tal su deseo de volver al agreste país apenas dejado, que volvió súbitamente sobre sus pasos y regresó á Tregastel con apesuramiento, hastiado de las banales mesas redondas de hotel donde sus oídos habían sido martirizados por un inglés insoportable, parodia de la música deliciosa que salía de los labios de Lucía Hartley.

Cuando René se instaló de nuevo en la posada donde se alejaba antes de su partida, á unos cuantos kilómetros de la playa de Tregastel, su resolución estaba tomada: intentar una declaración de amor y aunque sin duda ella le repulsaría, insistir á riesgo de perder hasta su buena amistad. Esta posibilidad le hizo vacilar un poco, pero luego comprendió que semejante temor era injusto tratándose de una persona inteligente y buena como lo era Lucía y que no sería capaz de alejar de su lado á un amigo porque la amara más de lo que ella deseaba.

René pensaba en estas cosas caminando por la orilla de la marisma que sirve de rada á la aldea. La mar estaba en descenso; algunas embarcaciones menores, caídas para un lado, parecían muertas; en la punta de un estrecho muelle que se prolongaba á lo lejos avanzando hasta el mar, algunos chiquillos se entretenían pescando con anzuelo.

Darlot, presa de una impaciencia febril por llegar al fin lo más pronto que fuera posible, y por recibir desde luego la negativa que lo iba á sumir en la desolación, se detuvo de cara hacia la brisa que llegaba fresca y húmeda. Se detuvo á reflexionar en la manera cómo debería defender su causa y maquinalmente volvió los ojos hacia el lejano azul que recortaban, circundadas de brumas, las enormes masas color de rosa, pesadas rocas bajo cuya sombra Lucía acostumbraba ponerse á pintar y donde tantas veces había pasado con ella horas inolvidables, y en un súbito arranque de valor se volvió hacia el camino blanqueado por el sol y por el polvo, que conducía á aquellos sitios.

Era la hora del medio día: un calor sofocante subía del suelo y vibraba en una atmósfera luminosa y abrumadora. Por el luciente azul de los cielos algunas nubes, semejantes á cintas de gaza, permanecían inmóviles como suspendidas de la bóveda cristalina.

A pesar de sus preocupaciones, Darlot observó que el sendero escabroso y ardiente que atravesaba y que por lo común se conservaba solitario, estaba ahora llena de paseadores. Gentes de la comarca, mujeres de cofia blanca, de chales en que brillaban los colores más chillantes, y de trajes vistosos, aparecían como manchas relucientes sobre el fondo blanco y azul del cielo y del mar, con las tonalidades de un fresco de Puvis de Chavannes. Hombres de sombreros de anchas alas y sacos cortos, turistas ingleses de calzón corto y medias de lana, inglesas de trajes azules ó rosados, de talle anguloso y de pies largos y ágiles, toda una multitud abigarrada que caminaba en la misma dirección. ¿Qué sería aquello?

Darlot siguió su camino y apenas había andado por unos cuantos minutos, al llegar á la cima de un peñón entre rocas cuya ascensión le abrumó de fatiga, pudo ver la fiesta que atraía á ese lugar tantas gentes. Era una romería.

La pequeña capilla de la Claridad esculpida en granito como una urna egipcia, tomaba bajo el cielo ardiente tonos aureos y rosados, y un imperceptible polvo de oro la bañaba toda y le daba en la luz esplendores inesperados. Junto á la capilla una multitud hormigueaba confusamente.

Las cofias de amplias alas blancas, los chales rutilantes, rojos y verdes, los tocados de las turistas contrastando con sus vestidos que también resultaban pintorescos, y por encima de la muchedumbre un rumor, un zumbido confuso de voces que se interpelaban en bretón, en francés, en inglés; risas, gritos, y en fin, dominando el tumulto, la voz aguda de una mujer que cantaba jaculatorias y vendía rosarios benditos. En el techo de una barraca de cantores ambulantes, un *harmonium* gangoso lanzaba acordes lentos que acompañaba el canto de esta vendedora de cosas santas, enronquecida de tanto cantar canciones



picarescas y de color más que subido en todas las ferias de Francia.

René se apoyó en una barda, detrás de la cual se tendían los campos llanos erizados de eras de trigo negro recién cortado. Algunas chozas obscuras apenas levantadas del suelo se agrupaban en torno del campanario de la iglesia, y á los pies de la multitud se revolvía un polvo fino y caliente que subía como una nube. No había ni la más pequeña sombra. El sol fulgurante inundaba todo, y esta muchedumbre, reunida en grupo compacto, jadeaba de calor exhalando olores penetrantes, extraña mezcla de perfumes, polvos de arroz y pomadas, y de las acres emanaciones de los establos vecinos de donde se veían salir arroyuelos sucios y espesos.

Darlot fué á sentarse en una alta roca que dominaba el lugar en que hormigaba la gente, pues acababa de presentir que no encontraría tal vez á Lucía en su casa. Sin duda habría preferido venir á ver este espectáculo pintoresco: una romería en Bretaña, y debía estar allí tomando acaso apuntes para sus cuadros. Paseó en torno suyo una mirada atenta y nada descubrió entre la agrupación compacta de romeros. Entonces se absorbió en un ensueño vago y dulce hipnotizándose con la decoración inmensa del paisaje luminoso. El zumbido incesante de la multitud seguía vibrando en torno suyo, y el chillar de la cantadora de jaculatorias, languideciendo ya, se resolvía en notas agudas y quejumbrosas que le adormecían suavemente.

Alguien le empujó, y entonces alzando los ojos con sobresalto, reconoció á Roberto Le Clercq que estaba de pie en frente de él. Este no quedó menos sorprendido al ver á Darlot, y al pronto pareció contrariado, pues no más que por pura casualidad se había aproximado á él y lo había tocado sin conocerlo. Después de un instante de

vacilación se decidió á estrechar la mano de René.

—Usted aquí! exclamó éste manifestando verdadero placer, pues conocedor como Lucía, de la ruptura habida entre los dos esposos, pensó que alguna reconciliación se había verificado.

—Sí.acabo de llegar.

René se informó con mucha cortesía de la salud de la señora Le Clercq, y continuó:

—María Magdalena y la señorita Hartley, están en su casa seguramente?

—No lo sé.

El asombro de Darlot fué muy visible. Roberto agregó:

—Como dije á usted, llego en este momento, y como no encontré, á causa de esta fiesta carruaje que me condujera á Tregastel, resolví venirme á pie y me he detenido algunos instantes para ver esto. Además, como usted podrá suponerlo, es posible que ambas estén entre esta multitud.

—Las buscaremos.

—No: prefiero permanecer todavía unos momentos solo con usted. Esperemos la procesión. No quisiera encontrarme en público con María Magdalena.

(Continuará.)